

BÁRBARA BOLOIX GALLARDO

# *Ibn al-Aḥmar*

*Vida y reinado del primer  
sultán de Granada (1195-1273)*

GRANADA · 2017

# COLECCIÓN ESTUDIOS ÁRABES

Segunda etapa de Monográfica/Humanidades/Estudios Árabes

## *Directora*

CELIA DEL MORAL MOLINA (Catedrática de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Granada).

## *Consejo Asesor*

ANTONELLA GHERSETTI (Profesora de Literatura Árabe de la Universidad de Venecia, Italia); FRANCISCO FRANCO-SÁNCHEZ (Catedrático de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Alicante); CARMELO PÉREZ BELTRÁN (Profesor Titular de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Granada); FATIMA TAHTAH (Catedrática de Literatura Árabe de la Universidad Muhammad V de Rabat, Marruecos); FRANCISCO VIDAL CASTRO (Profesor Titular de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad de Jaén); M<sup>a</sup> JESÚS VIGUERA MOLINS (Catedrática de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad Complutense, Madrid); JOSEF ŽENKA (Profesor de Historia del Islam de la Universidad Carolina de Praga, República Checa).

© Bárbara Boloix Gallardo

© Universidad de Granada

© Patronato de la Alhambra y Generalife

*Ibn al-Aḥmar. Vida y reinado del primer sultán de Granada  
(1195–1273)*

ISBN: 978-84-338-6079-8

Depósito legal: GR./819-2017

Edita: Editorial Universidad de Granada.

JUNTA DE ANDALUCÍA. Consejería de Cultura.

Patronato de la Alhambra y Generalife

Diseño de la edición: motu estudio

Imprime: Imprenta Comercial, Motril, Granada

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

A María, mi madre,  
por todo;  
y porque «el Paraíso  
está bajo los pies  
de las madres»

# CONTENIDOS

PRESENTACIÓN.....	11
-------------------	----

## CAPÍTULO PRIMERO

IBN AL-AḤMAR. LOS COMIENZOS DE SU VIDA Y DE SU GOBIERNO	27
UN CEGRÍ DE ARJONA.....	27
<i>Los primeros años de su vida.....</i>	27
<i>El nacimiento de la taifa nazarí. La sublevación de Arjona.....</i>	41
LA EVOLUCIÓN DE LA TAIFA NAZARÍ .....	52
<i>¡Y qué vida tan agradable fue para los de Jaén...!</i> .....	52
<i>La comarca de Guadix se «nazariza».....</i>	54
<i>Córdoba, Carmona y Sevilla: tres adhesiones fugaces.....</i>	60
<i>El escarmiento nazarí en la conquista castellana de Córdoba .....</i>	66

## CAPÍTULO SEGUNDO

IBN AL-AḤMAR, SULTÁN DE GRANADA	77
GRANADA, CAPITAL DE UN NUEVO REINO .....	77
<i>Sumisión de Málaga .....</i>	77
<i>Sumisión de Granada .....</i>	84
<i>Sumisión de Almería .....</i>	92
COMIENZA LA REORGANIZACIÓN INTERNA DEL REINO .....	98
<i>La Alhambra, nueva sede del poder nazarí .....</i>	98
<i>Las primeras medidas de saneamiento interior y orientación espiritual ....</i>	107
<i>Ibn al-Aḥmar y la cultura. ¿Un padre reacio al saber o un emir mecenas?.</i>	114

## CAPÍTULO TERCERO

IBN AL-AḤMAR, VASALLO DE CASTILLA	135
IBN AL-AḤMAR Y FERNANDO III «EL SANTO».	
LA ERA DEL ENTENDIMIENTO.....	135
<i>La consolidación territorial del Reino Nazarí: «La Gran Paz» .....</i>	135
<i>El auxilium nazarí en la conquista castellana de Sevilla .....</i>	146
<i>Fallecimiento de Fernando III, el rey de las Tres Culturas .....</i>	151

IBN AL-AḤMAR Y ALFONSO X «EL SABIO».	
UN TIEMPO DE DISCREPANCIAS .....	159
<i>Proclamación de Alfonso X. El inicio de una nueva era castellano-nazarí ..</i>	159
<i>Muḥammad II, presunto heredero del Reino de Granada .....</i>	163

#### CAPÍTULO CUARTO

IBN AL-AḤMAR, EN LA RECTA FINAL DE UNA VIDA Y DE UN REINADO	169
ENTRE ATAQUES Y REVUELTAS: LOS AÑOS DIFÍCILES .....	169
<i>El ataque marítimo nazarí contra Ceuta. «El año de Zāfir» .....</i>	169
<i>Los inicios de la revuelta mudéjar y de la intervención militar meriní .....</i>	176
<i>De Jerez a Murcia: desarrollo y desenlace de la revuelta mudéjar .....</i>	193
<i>La fitna de los Banū Ašqilūla .....</i>	199
ENTRE CASTILLA Y FEZ: LOS AÑOS FINALES .....	210
<i>Nobles castellanos «desnaturados» en la Corte de Granada .....</i>	210
<i>Fallecimiento de Ibn al-Aḥmar. El legado de un reino .....</i>	215

---

#### FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

FUENTES .....	229
BIBLIOGRAFÍA .....	233

---

#### ÍNDICES

INDICE ONOMÁSTICO .....	251
INDICE TOPONÍMICO .....	263

# PRESENTACIÓN

«En la historia de las dinastías hay una lección para los inteligentes y una advertencia para quien es descuidado y olvidadizo de Dios (...); sobre todo si es una historia aún no reunida en un libro, por ser muy recóndita o muy moderna, pues entonces las personas están más interesadas y ávidas en conocer sus noticias». Con estas palabras, el gran secretario de la Alhambra y cronista de los Nazaríes por excelencia, Lisān al-Dīn Ibn al-Jaṭīb (m. 776/1374), justificaba el objetivo de la obra que, bajo el título de *Al-Lamḥa al-badriyya fī l-dawla al-naṣriyya* («El resplandor de la luna llena, sobre la dinastía nazarí»), se proponía a redactar acerca de la trayectoria de este linaje desde sus orígenes, en el siglo XIII, hasta su época<sup>1</sup>. Han sido muchos los siglos y las páginas de historia pasados desde que el cálamo de este emblemático autor llamase la atención sobre la conveniencia de dejar por escrito las grandes hazañas de las civilizaciones para que, una vez convertidas en pasadas por el inevitable curso del tiempo, llegaran a convertirse en ejemplo y en explicación del continuo presente.

En esta última necesidad insistió, de manera especial y bastante reiterativa, el gran pensador tunecino coetáneo al cronista recién mencionado, Abū Zayd ‘Abd al-Raḥmān Ibn Jaldūn (m. 808/1406), en su enciclopédico e innovador *Kitāb al-‘ibar* o «Libro de las causas»; una obra consagrada, como su título indica, por vez primera en la historiografía árabe a analizar los motivos que justifican el devenir de las civilizaciones, sentando las bases del pensamiento y del análisis histórico-social. Para este gran sociólogo, era una consecuencia natural que cada ser humano construyese su propia civilización (*‘umrān*), siendo entendida pues la historia, en la concepción jalduní, como la suma de culturas o de civilizaciones construidas

1 Ed. Beirut: Dār al-Afāq al-Ŷadīda, 1980<sup>2</sup>, pág. 19, trad. José M<sup>a</sup> Casciaro Ramírez y Emilio Molina López, *Historia de los Reyes de la Alhambra*. Granada: Universidad, 2010, pág. 99.

por las distintas sociedades a lo largo de los siglos<sup>2</sup>. El concepto de 'umrān, de civilización en un sentido tan amplio como complejo, vendría por lo tanto a designar una «realidad socio-natural donde aparecen y desaparecen los fenómenos generales y los actos singulares (...), donde nace y muere el Estado, donde se hace la historia»<sup>3</sup>.

Sin embargo, es bien sabido cómo, en esta creación y expiración tanto de un Estado como de un periodo histórico, distinguía Ibn Jaldūn un complejo ciclo, internamente bien estructurado, en el que se daban, de manera perenne y natural, una serie de cinco etapas constantes en la trayectoria de cada civilización, dentro de una región determinada. La primera correspondía a la del triunfo de una causa, en la que «el jefe de la tribu victoriosa (o de la dinastía) acierta (...) a mantener la cohesión del grupo y la coordinación de los intereses generales». Esta fase vendría seguida de una segunda, de consolidación y de monopolización del poder logrado, acompañado de una mayor soltura económica pero sin grandes derroches, tras la cual se sucedía una tercera, en la que este ciclo histórico-dinástico alcanzaba su apogeo, manifestado en la acumulación de riquezas, en la profusión constructiva, en la solidez militar. La cuarta etapa sería testigo del inicio del declive, en buena parte consecuencia de haber olvidado los duros orígenes de la dinastía y el esfuerzo de los soberanos predecesores, estando seguida de la última y quinta época de este ciclo, la de la caída y el final, en la que el desequilibrio y la división internos acababan abocando al Estado a su desaparición<sup>4</sup>.

Todos estos presupuestos no tendrían cabida en estas líneas introductorias si no pudieran ser aplicados al objeto de estudio que ha inspirado, precisamente, la redacción de este libro: los orígenes del Reino Nazarí de Granada en la persona de su fundador, el emir Ibn al-Aḥmar, también conocido como Muḥammad I. Es precisamente en él en quien vemos materializada la primera de las cinco etapas distinguidas, dentro del ciclo natural de vida de este emirato que, a su vez, constituyó la última fase de la historia de al-Andalus o, en otras palabras, el principio del fin. La trascendencia histórica de Ibn al-Aḥmar residió en el hecho de haber constituido la pieza fundacional del Reino de Granada así como el *alfa*, o mejor dicho el *alif*, de este interesante periodo de nuestra historia, una importancia que además trasciende a la historia global andalusí. No olvidemos que, si no hubiese sido por la existencia de esta figura, al-Andalus habría conocido su final en el siglo XIII, ya que, como tendremos

2 Miguel Ángel Manzano, «Sociedad, linajes y cohesión tribal en el Magreb bajomedieval: consideraciones sobre las teorías de Ibn Jaldūn», en Meouak, Mohamed (ed.), *Biografías magrebíes. Identidades y grupos religiosos, sociales y políticos en el Magreb medieval*. Madrid: CSIC, 2012, pág. 276.

3 Nassif Nassar, *El pensamiento realista de Ibn Jaldūn*. Méjico: Fondo de Cultura Económica, 1980, pág. 167.

4 Nassif Nassar, *El pensamiento realista*, págs. 175-176.

ocasión de comprobar, los líderes militares que coexistieron con Ibn al-Aḥmar no lograron mantener finalmente la defensa de este territorio, la principal prioridad de la época, a pesar de haber desempeñado en un principio un importante papel en este sentido.

Teniendo en cuenta el peso histórico de este emir, resulta sorprendente que, a pesar de los grandes esfuerzos investigativos realizados sobre esta significativa etapa nazarí, el siglo XIII, o los acercamientos historiográficos a la figura de Ibn al-Aḥmar, no existiera una monografía dedicada, única y exclusivamente, a su vida y su gobierno o, lo que es lo mismo, a la fase de formación del Reino de Granada<sup>5</sup>. Es un hecho que se han rendido grandes trabajos a las épocas más jugosas, o llamativas, de la historia dinástica nazarí, como la de su esplendor, en el siglo XIV, o la de su decadencia y final, coincidente con el XV. Sirvan de ejemplo las biografías dedicadas a *Yūsuf al-awwāl ibn al-Aḥmar, sultān Garnāṭa* (es decir, a «Yūsuf I Ibn al-Aḥmar, sultán de Granada») por Muḥammad Kamal Ṣābāna (1969), a *El Reino Nazarí de Granada en la época de Muḥammad V*, de Aḥmad Mujtār al-'Abbādī (1973), a la figura de *Muḥammad IX sultán de Granada*, de Luis Seco de Lucena Paredes (1978) o al triángulo de poder protagonizado por los emires *Muley Hacén, El Zagal y Boabdil*, explorado por Camilo Álvarez de

- 5 Citamos, al respecto, por orden cronológico de aparición los principales trabajos que contemplan la fundación del Reino Nazarí: Miguel Lafuente Alcántara, *Historia de Granada*. Granada: Archivum, 1992 (ed. facsímil), tomo II, págs. 300-331, obra cuyo valor es más documental y pintoresco que científico; 'Abd Allāh 'Inān, *Nihāyat al-Andalus wa-ta'rīj al-'arab al-mutanaṣṣarīn*. El Cairo: Maṭba'at Miṣr, 1958<sup>2</sup>, págs. 23 y ss.; Miguel Ángel Ladero Quesada, *Granada. Historia de un país islámico (1232-1571)*. Madrid: Gredos, 1989<sup>3</sup>, págs. 125-133; Rachel Arié, *L'Espagne musulmane au temps del Naṣrides (1232-1492)*. París: De Boccard, 1973, págs. 49-68, trad. al español bajo el título *El Reino Naṣrī de Granada (1232-1492)*. Madrid: Mapfre, 1992, págs. 17-25; de la misma autora es *España Musulmana (siglos VIII-XV)*, dir. por el profesor Manuel Tuñón de Lara, tomo III. Barcelona: Labor, 1983, págs. 36-38; Cristóbal Torres Delgado, *El antiguo Reino Nazarí de Granada (1232-1340)*. Granada: Anel, 1974, págs. 115-182; Anwar G. Chejné, *Historia de la España Musulmana*. Madrid: Cátedra, 1993<sup>3</sup>, págs. 91-92; Francisco Javier Aguirre y M<sup>a</sup> Carmen Jiménez Mata, *Introducción al Jaén Islámico (Estudio geográfico-histórico)*. Jaén: Instituto de Estudios Giennenses, 1979, págs. 241-248; José Enrique López de Coca Castañer, «El Reino Naṣrī de Granada», en López de Coca, J. E. y González Jiménez, Manuel (eds.), *Historia de Andalucía. La Andalucía dividida. 1031-1350*. Barcelona: Planeta, 1980, vol. II págs. 305-325; Rafael Gerardo Peinado Santaella y José Enrique López de Coca Castañer, *Historia de Granada*. Tomo II: *La época medieval. Siglos VIII-XV*. Granada: Editorial Don Quijote, 1987, págs. 243-249; L. P Harvey, *Islamic Spain. 1250 to 1500*. Chicago-Londres: The University of Chicago Press, 1992, págs. 20-40; Yūsuf Ṣukrī Farḥāt, *Garnāṭa fī zill Banī l-Aḥmar*. Beirut: Dār al-Ŷīl, 1993, págs. 19-26; J. D. Latham, «Naṣrides», en Bosworth, C. E., Donzel, E. van, Heinrichs, W. P. y Pellat, Ch. (eds.), *Encyclopaedia of Islam (en adelante EI<sup>2</sup>)*. Leiden: Brill, 1993<sup>2</sup>, VII, págs. 1020-1028; Miguel Ángel Ladero Quesada, «La formación del emirato (1232-1274)», en Peinado Santaella, Rafael (ed.), *Historia del Reino de Granada*, tomo I (*De los orígenes a la época mudéjar (hasta 1502)*). Granada: Universidad-El Legado Andalusi, 2000, págs. 189-191; Francisco Vidal Castro, «Historia política», en Viguera, M<sup>a</sup> Jesús (coord.), *El Reino Nazarí de Granada (1232-1492)*. Política. Instituciones. Espacio y economía. Vol. VIII/3 de la *Historia de España* dir. por R. Menéndez Pidal. Madrid: Espasa Calpe, 2000, págs. 77-92.



Morales (2000). Eso sin olvidar los trabajos rendidos a otros grandes soberanos andalusíes de épocas anteriores, como el gran *Abdelrahman III y el califato omeya de Córdoba*, que fue objeto de estudio por Maribel Fierro (2011).

Sin embargo, y sin ánimo de desmerecer el mérito o el protagonismo que éstos y otros sultanes tuvieron dentro de la historia del Reino de Granada, resulta cuanto menos llamativo que la vida de Ibn al-Aḥmar continúe siendo, en muy buena parte de su trayectoria, desconocida. De la misma manera que resulta paradójica la pretensión de conocer una época en su totalidad desconociendo o, simplemente pasando de puntillas, por sus orígenes. Pues no olvidemos que «todo lo que nace proviene de una causa; pues sin causa nada puede tener origen», como sentenciara Platón, quien además veía ese origen como «lo más excelso» de todas las cosas. Lamentablemente, «para la mayoría de las realidades históricas, la noción misma de ese punto inicial sigue siendo singularmente huidiza», como explica Marc Bloch, a pesar de que en dichos orígenes residan no sólo los comienzos de los procesos históricos, sino también las causas y, ante todo, «el principio que explica» el devenir posterior, en este caso, nazarí e incluso el transcurrido más allá de sus fronteras espacio-temporales<sup>6</sup>.

La comprensión de la historia del Reino Nazarí de Granada nunca podrá estar, por lo tanto, completa sin un buen conocimiento de la vida y del reinado de su fundador, Ibn al-Aḥmar, ni de la época que él representó, un complejo siglo XIII que quedó impreso en su carácter, pues como recordara Bloch evocando un acertado proverbio árabe, «el hombre se parece más a su época que a sus padres»<sup>7</sup>. Esta realidad explica que el carácter militar de la personalidad de Ibn al-Aḥmar fuese consecuencia de la naturaleza bélica de la centuria en la que vivió, por razón de mera supervivencia, así como que tampoco sea casualidad que las primeras instituciones del Reino de Granada tuviesen unas marcadas funciones militares, ni que la construcción de la Alhambra comenzase por su recinto castrense.

Es por estas y otras razones que he pretendido trazar en este trabajo la biografía del primer emir nazarí como mejor manera de salvar, en la medida de lo posible, esta laguna historiográfica de la que aún adolecemos, considerando que «a menudo se dice que la historia es interpretación» y, especialmente en el caso que nos ocupa, «la biografía puede ser el factor determinante de tal interpretación», como invitan a pensar las reflexiones de Miguel Ángel Manzano Rodríguez<sup>8</sup>. Y para desentrañar esta época en la que vio la luz el Reino Nazarí se hace necesario conocer bien la personalidad, el gobierno y la vida de Ibn al-Aḥmar, facetas todas ellas en las que residen muchas de las claves

6 Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Edición anotada por Étienne Bloch. México: Fondo de Cultura Económica, 2001, págs. 59-60.

7 *Apología para la historia*, pág. 64.

8 «Sociedad, linajes y cohesión tribal», pág. 275.

que explican la naturaleza y el comportamiento de esta formación durante las centurias siguientes.

Es cierto que este estudio de la vida y del reinado del primer emir nazarí parte del contenido de la que fuera mi Tesis Doctoral, que defendí en la Universidad de Granada un 19 de octubre del año 2007<sup>9</sup>. Sin embargo, lo que aquí presento hoy es una versión abreviada de la misma, por haberme ceñido a los dos aspectos recién mencionados, pero también más madurada y completa; el paso del tiempo me ha permitido ampliar tanto mis investigaciones como mi visión sobre el Reino Nazarí y el Magreb, y, con ello, incorporar a este trabajo no sólo nuevos textos –tras el hallazgo de nuevas fuentes o de fragmentos que se consideraban perdidos en nuevos manuscritos y que completan, o a veces, desmontan hipótesis lanzadas entonces–, si no también nuevas reflexiones.

Dentro del formato biográfico, he de decir que, a la hora de abordar esta semblanza, he optado por abandonar, como ya hiciera en su momento, el ya considerado clásico subgénero de la «historia política», con la intención de abordar la vida de Ibn al-Aḥmar como una «historia personal», como una historia «científico-social». La trayectoria vital de este emir actuará, pues, de hilo conductor en el aparezcan entrettejidos todos los sucesos de su vida política, institucional, social, cultural e, incluso, familiar, con el fin de ofrecer una visión lo más amplia posible de él y de su época<sup>10</sup>.

Para ello, he decidido dividir el contenido de este trabajo en cuatro grandes capítulos en los que, cronológicamente, se suceden los acontecimientos de la vida de nuestro protagonista. El primero de ellos, «Ibn al-Aḥmar. Los comienzos de su vida y de su gobierno», pretende situar al lector en el punto de partida de la existencia de este emir, su nacimiento en Arjona en el año 591 de la Hégira (1195 de la era cristiana), haciendo un repaso por los que debieron de ser los años de su niñez y adolescencia, marcadas ambas por un entorno eminentemente rural. Importante resultaba también, para acercarnos a su persona, el conocimiento de sus orígenes y su entorno familiares, en los que ya vemos trenzadas las relaciones entre sus familias paterna, los Banū Naṣr, y materna, los Banū Aṣqīlūla, cuyos vínculos se perpetuarían en él y en su descendencia. A partir de ahí, se irá trazando el análisis del proceso a lo largo del cual se produjo el surgimiento y la evolución de la que he acordado en

9 Esta Tesis, que llevó por título *Muḥammad I y el nacimiento de al-Andalus nazarí (1232-1273). Primera estructura del Reino de Granada*, fue dirigida por los profesores M<sup>a</sup> del Carmen Jiménez Mata y Emilio Molina López, así como valorada por un tribunal integrado por los Dres. Manuel González Jiménez, M<sup>a</sup> Jesús Viguera Molíns, Camilo Álvarez de Morales, Francisco Vidal Castro y Anna A. Akasoy, a los que agradezco sus valiosas sugerencias. Esta Tesis recibió la calificación de «Sobresaliente *Cum Laude*» así como la mención de Doctorado Europeo por la Universidad de Londres.

10 Elena Hernández Sandoica, *Tendencias historiográficas actuales. Escribir Historia hoy*. Madrid: Akal, 2004, págs. 42-43.

llamar la «taifa nazarí», desde la proclamación de Ibn al-Aḥmar como emir en su localidad natal un viernes del año 629 (1232), pasando por la adhesión de distintas ciudades a su causa –tales como Jaén, Guadix, Córdoba y Sevilla–, su controvertida participación en la conquista castellana de Córdoba en 1236 del lado de Fernando III «el Santo», hasta llegar al umbral del reconocimiento que, tan sólo dos años después, le brindaría Granada.

En este punto arranca, precisamente, el segundo capítulo de esta obra, titulado «Ibn al-Aḥmar, sultán de Granada», en el que veremos sucederse los acontecimientos más determinantes de la vida y del reinado del primer emir nazarí: la sumisión a su autoridad de las que acabarían siendo las tres principales ciudades de su Reino, es decir, Málaga, Granada y Almería, citadas por el orden cronológico de sus respectivas incorporaciones, a pesar de que éstas acaeciesen de manera prácticamente sincrónica en ese determinante año 635 (1238). Una vez expuesta la cadena de sucesos que, finalmente, desembocaron en el reconocimiento que estas tres urbes brindaron al emir nazarí, analizaremos el proceso de reorganización interna de su Reino. En él figuran medidas tan decisivas como la construcción de la Alhambra como nueva sede del poder y residencia real, o la toma de distintas decisiones dirigidas a acabar con la gran corrupción existente en sus territorios. Los cambios producidos en la alineación, política y espiritual, de Granada con los soberanos del momento –el lejano y débil califato abbásí de Bagdad, la decadente dinastía almohade de Marrakech o el emergente Reino Ḥafṣí de Túnez–, también serán debidamente analizados, teniendo en cuenta que su elección respondía a las necesidades de legitimación que podían cubrir, las ayudas económicas que podían aportar o de la menor/mayor solidez de la autoridad de Ibn al-Aḥmar y de su reino según el momento. Cierra este capítulo el estudio de un tema tan sorprendente como la oscilante relación de Ibn al-Aḥmar con la cultura. Aunque es cierto que la personalidad de esta figura, moldeada por el ambiente eminentemente rural en el que se enmarcó su niñez y por su dedicación a la vida militar en pro de la defensa fronteriza, era completamente ajena al saber. Sin embargo, la necesidad de aparentar cierta imagen de mecenas, según se esperaba de su condición, acabó acercando la intelectualidad de cronistas y poetas a su persona como una mera pose política.

Como «Ibn al-Aḥmar, vasallo de Castilla», se presenta el tercer capítulo de este trabajo, en el que nos encontramos con un emir nazarí mucho más evolucionado y maduro en sus competencias. La consolidación de su autoridad como tal, y la fijación oficial de las fronteras del Reino Nazarí, con la firma del célebre «Tratado de Jaén» o «la Gran Paz» con la Corona de Castilla en un determinante año 1246, supondrían un importante punto de inflexión en la supervivencia y el posterior desarrollo del emirato. El contenido de este capítulo tendrá, pues, como denominador común la relación de amor-odio, de colabo-

ración–confrontación, desarrollada en esta época entre Granada y Castilla, en función del clima de entendimiento o de tensión política producidos dentro de esa relación de vasallaje contraída, tanto en tiempos de Fernando III como de su hijo y sucesor, Alfonso X «el Sabio», respectivamente.

El último y cuarto capítulo de este libro nos presentará a un «Ibn al-Aḥmar, en la recta final de una vida y de un reinado», teniendo por escenario los últimos y difíciles años de su existencia. Parte esta etapa, caracterizada por convulsos sucesos y complejas sediciones internas, del año 658 (1259–1260), en el que se produjo el infructuoso ataque nazarí a la ciudad de Ceuta, anécdota que será objeto de nuestro análisis dentro del marco de las tensas relaciones de Granada con Castilla, las cuales alcanzaron su punto culminante en el largo episodio de la sonada «revuelta mudéjar». Las causas, los preparativos, el desarrollo y los entresijos de esta generalizada rebelión, que se extendió como la pólvora entre las diversas poblaciones mudéjares comprendidas entre Jerez y Murcia, y que supuso la incorporación de efectivos militares meriníes en las tropas granadinas, serán examinados con gran detenimiento a lo largo de este apartado. En él se prestará también una especial atención a las pretensiones que Ibn al-Aḥmar perseguía con este urdido plan con el que vio, por un lado, reforzado su poder y, por otro, tambaleadas ya de por vida sus relaciones con la Corona castellana. El estudio de la *fitna* o golpe de estado de los Banū Ašqilūla será otro complejo episodio estudiado por marcar los años finales del reinado de Ibn al-Aḥmar y determinar el asilo político que éste concedió a los nobles castellanos «desnaturados» en Granada en 1272. Su fallecimiento, acaecido en el año 671 (1273), pondrá punto y final a su vida y, también, a este libro, dejando el testigo del legado nazarí a un experto Muḥammad II que se disponía a suceder, no sin ciertas complicaciones que serán también analizadas, a su padre.

La elaboración de esta semblanza, cimentada sobre un amplio elenco de fuentes diversas, no ha estado exenta de dificultades. Una de ellas ha venido dada por la escasez, la dispersión informativa y la escasa elocuencia de las fuentes originales medievales disponibles. Esta circunstancia encuentra su lógica justificación en el difícil ambiente del siglo XIII, un siglo de caos, de cambios, de falta de control político y administrativo, y, ante todo, de profunda reconversión territorial y social. En el área andalusí, esta centuria comportó una época de grandes movimientos migratorios tanto dentro de la península Ibérica como *ad extra*, según ya señalé en una investigación previa, lo que debió de provocar importantes fuga de legajos y migraciones de manuscritos<sup>11</sup>. A ello se refería, precisamente, M<sup>a</sup> Jesús Viguera al advertir que «los documentos andalusíes «interiores» se trasladarían y/o perderían mayoritariamente en

11 Bárbara Boloix Gallardo, «Viajes con retorno y sin retorno. Andalusíes hacia la *Dār al-Islam* en el siglo XIII», en Monferrer Sala, J. P. y Rodríguez Gómez, M<sup>a</sup> Dolores (eds.), *Entre Oriente y Occidente. Ciudades y viajeros en la Edad Media*. Granada: Universidad, 2005, págs. 71-101.

los procesos bélicos y emigratorios, aunque tampoco constan hallazgos de sus originales en archivos del Magreb, el gran heredero de la producción escrita andalusí»<sup>12</sup>.

Pero, ante todo, el siglo XIII fue un periodo de incertidumbre y esta inseguridad sí que planeó sobre la generación de crónicas en el ámbito de al-Andalus. Si entre la población andalusí de entonces, tan amenazada por el imparable avance cristiano, figuraban capaces cronistas, éstos debían de estar más preocupados por reasentar sus vidas, por lograr tomarle el pulso a los acontecimientos, que por sentarse a escribir, para lo que no sólo se hacía necesario una estabilidad sino, sobre todo, un mecenas receptor de sus panegíricos escritos. Es bastante lógico pensar que, en estas arenas movedizas en las que se estaba convirtiendo al-Andalus en el siglo XIII, y en las que cada logro constituía todo un paso y a la vez, todo un riesgo, el propio Ibn al-Aḥmar no fuese ni siquiera consciente de estar fundando un reino, y mucho menos, de que éste llegara un día a prosperar; distintos gestos de su política nos revelarán que nunca le abandonó el temor a la fragilidad y a la pérdida de lo conseguido, como se desprende, por ejemplo, de las palabras que transmitió a su hijo y heredero, Muḥammad II, en su lecho de muerte.

Aún así, ha sido posible a lo largo de estos años encontrar interesantes y curiosas noticias sobre la vida y el reinado de Ibn al-Aḥmar en los textos, siendo un hecho que, por un lado, dichos datos se hallen incluidos en obras de muy diversa índole y naturaleza, y, por otro, que en la mayoría de los casos, estas noticias se encuentren salpicadas entre sus páginas. Entre esta multiplicidad y variedad de obras figuran géneros tan distintos entre sí como las crónicas, los diccionarios biográficos, los diwanes de poesía, las compilaciones de material de cancillería, las obras geográficas, los documentos oficiales, los relatos de viaje, las hagiografías sufíes, los tratados de derecho islámico e, incluso, los opúsculos de hipología.

Por otro lado, cabe señalar la muy distinta procedencia de estas fuentes, generadas tanto en un contexto árabe e islámico –que comprende las áreas andalusí, magrebí y oriental– como en la zona cristiana peninsular –fundamentalmente castellana y aragonesa–, con la diversidad de enfoques y de propósitos informativos que separan a ambas historiografías. La suerte de esta pluralidad ha resultado, además, fundamental para la auto-legitimación de la función documental de todo este elenco, sobre todo cuando dos o más fuentes, ajenas entre sí, coinciden en señalar con precisión el mismo hecho, como muchas veces sucede. Es entonces cuando los testimonios convergentes se convierten en auténticos haces de luz que confluyen en una misma noticia, permitiendo constatarla con una mayor veracidad, aunque sin olvidar que el

12 «Sobre documentos árabes granadinos», en Moral Molina, Celia de (ed.), *En el epílogo del Islam andalusí: la Granada del siglo XV*. Granada: Universidad, 2002, pág. 117.

gran intervalo temporal que dista entre nuestro presente y la época historiada convierte a estas fuentes, al fin y al cabo, en testimonios «indirectos», cuyos contenidos deben ser tomados siempre con prudencia<sup>13</sup>. De ahí la necesidad de unir, a la tarea de «microcirugía textual» propia de la filología, que entraña tanto el tratamiento y la traducción de textos como la depuración documental realizados en este trabajo, una intensa labor de reflexión sobre lo escrito, una continua interrogación del texto, que nos permita leer e interpretar adecuadamente «lo explícito y lo implícito»<sup>14</sup>.

Finalmente, la reconstrucción de la vida de Ibn al-Aḥmar nos ha obligado a contar, igualmente, con otras disciplinas «extrahistóricas», entre las que figuran la arqueología, la numismática o la antropología, por la gran aportación que estas materias suponen al conocimiento de cualquier fase de la Edad Media, como la que historiamos<sup>15</sup>. A pesar del esfuerzo documental logrado, siempre cabe la esperanza de lo que queda por lograr, confiando en la aparición de nuevas fuentes que nos permitan llenar las lagunas todavía existentes y, con ello, formular nuevas interpretaciones, o enderezar las ya emitidas, conscientes de que «el conocimiento del pasado es una cosa en progreso que no deja de transformarse y perfeccionarse»<sup>16</sup>.

Aunque el objeto primordial de esta publicación es iluminar una época tan oscura y tan repleta de pliegues como es el siglo XIII, y aclarar los orígenes del Reino de Granada en aras de un mejor conocimiento de nuestra historia, cabe decir que este trabajo persigue igualmente hacer «comprender mejor la siempre quebrada manera en que los ecos del pasado iluminan el presente desde rincones insospechados», como reflexionara Isabel Burdiel en su novedosa biografía de la reina Isabel II<sup>17</sup>. Porque, ante todo, la aproximación intelectual al ayer resulta fundamental para entender nuestro tiempo, considerando que el conocimiento de lo más antiguo para conocer lo más reciente es uno de los grandes beneficios que se espera de la historia<sup>18</sup>. Al-Andalus o, si queremos ser más precisos, aquel Reino Nazarí de Granada fundado por Ibn al-Aḥmar representan una dimensión material clausurada ya en el tiempo, pero actuante y

13 Marc Bloch, *Apología para la historia*, pág. 75.

14 Según las reflexiones de M<sup>a</sup> Jesús Viguera Molíns, «Historiografía», en *El Reino Nazarí de Granada (1232-1492)*, vol. VIII/3, pág. 21, y de Elena Hernández Sandoica, *Tendencias historiográficas actuales*, págs. 20 y 26.

15 Elena Hernández Sandoica, *Tendencias historiográficas actuales*, págs.18-19.

16 Marc Bloch, *Apología para la historia*, pág. 82.

17 Véase la «Introducción» de esta autora a su obra *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*. Madrid: Tauris, 2010, págs. 13-22 y, especialmente, pág. 18, de la que ha sido extraída esta cita.

18 Marc Bloch, *Apología para la historia*, págs. 59 y 67; Elena Hernández Sandoica, *Tendencias historiográficas actuales*, pág. 35.

mantenida en la actualidad en su dimensión simbólica, como apuntan las siempre nutritivas lecciones magistrales del profesor Pedro Martínez Montávez<sup>19</sup>.

La realidad de al-Andalus, al haber durado mucho tiempo gracias a la adición a su historia de ese periodo nazarí, dejó de ser una anécdota para adquirir el rango de categoría, creando una alter-identidad que ha traspasado las fronteras de los tiempos<sup>20</sup>. Además, su prolongación temporal «no oficial» durante la época morisca fue, en buena parte, responsable de la incorporación, difícil y todavía polémica, de diversos elementos árabes a lo hispánico. Es por ello que en el paisaje actual de muchas de nuestras manifestaciones culturales está plasmada ese «alma nazarí» de la que fue responsable la aportación histórica de Ibn al-Aḥmar y en la que hunden sus raíces, y encuentran a su vez su razón de ser, muchos de los tópicos y de las verdades árabes que siguen adornando Granada y Andalucía en general.

Limitándonos tan sólo al ámbito de nuestras letras y música, caldos de cultivo para la recreación del carácter árabe-granadino como un binomio inseparable, encontramos a un Ángel Ganivet en su *Granada la Bella* (1898), para quien «el embellecimiento de Granada no exige muchos monumentos, porque tenemos ya un gran renombre adquirido en todo el mundo con nuestra Alhambra (...). [Porque] el destino de lo grande es ser mal comprendido: todavía hay quien al visitar la Alhambra cree sentir los halagos y arrullos de la sensualidad». Tampoco debe sorprendernos que Carlos Cano se lamentase de no saber cantar a Granada en árabe en su *Kalām Garnāṭa*, sin dejar de explorar las trazas de morisco, gitano, beréber heredadas en su alma ni que Antonio Gala diese así voz a una Granada que se seguía auto-contemplando en los espejos de las albercas y en el mar de las fuentes, en busca del reflejo de su otrora realidad nazarí: «Musulmana nací; mi corazón era la medina, y el corazón de mi corazón, la Mezquita principal»<sup>21</sup>. Sin duda, ese vivo recuerdo islámico que aún destila la ciudad se impregnó con más fuerza que nunca en los juegos de gacelas y casidas del *Diván del Tamarit* de Federico García Lorca, y en las lunas, en realidad lunas moras, que resplandecieron en sus poemas. No es casualidad, tal vez causalidad, que precisamente este autor haya ejercido tanta influencia, y despertado tanto interés, en los autores árabes contemporáneos, quienes han llegado a reconocer en él a un resucitado poeta andalusí, como en un natural ciclo cultural de ida y vuelta<sup>22</sup>.

19 *Significado y símbolo de al-Andalus*. Almería: Fundación Ibn Tufayl de Estudios Árabes-Cantabria-Caja Granada, 2011, págs. 17-26.

20 *Significado y símbolo de al-Andalus*, págs. 21 y 57.

21 Antonio Gala, *Granada de los Nazaríes*. Barcelona: Planeta, 1992<sup>2</sup>, pág. 25.

22 Pedro Martínez Montávez, «Presencia de Federico García Lorca en la literatura árabe actual», en *Actas del IV Congreso de Estudios Árabes e Islámicos (Coimbra-Lisboa, 1-8 de septiembre de 1968)*. Leiden: Brill, 1971, págs. 41-62, y «De nuevo sobre Federico García Lorca y los poetas árabes contemporáneos», en *Actas de las I Jornadas de Literatura árabe moderna y contemporánea*. Ma-

Pero de esa época nazarí, heredera de Ibn al-Aḥmar, también ha dependido la forja del imaginario árabe de Granada como un legado compartido entre España y el mundo islámico, dentro de un «culto a la memoria» de lo particular, de lo propio y de lo pequeño. En esa Granada nazarí, superviviente aunque vencida, han encontrado algunas sociedades árabes un motivo de recurrente meditación y de contemplación desde una semi-lejanía, a medio camino entre el dolor y el drama, el orgullo y la grandeza, por el que han canalizado sentimientos derivados de los difíciles procesos de construcción ciudadana y nacional<sup>23</sup>.

En este sentido la Granada nazarí cobra un nuevo papel, al ser erigida en el icono de una «arabidad» perdida pero no extinta, en un «ejemplo de cualquier ciudad árabe a lo largo de la historia» para los ojos del sirio Nizār Qabbānī (m. 1998), quien llegó a vislumbrar en «las calles de Granada, al mediodía (...) los alminares de Damasco»<sup>24</sup>. El mismo recuerdo hizo que a su «Alhambra, en las rubias alcobas del harén real», se transportasen los desarraigados versos del poeta iraquí ‘Abd al-Wahhāb al-Bayyātī (m. 1999), a la vez que ha llevado a Šawqī Bagdādī, en su nostálgico «alhambrismo», a vislumbrar a un errante *Boabdil en Granada* «llorando, aún, por las ruinas». Esa misma evocación, o contemplación, es responsable que, desde las vecinas tierras de Marruecos, Buštī Hādī susurrase «Granada...los Nazaríes duermen. Y las pezuñas de los caballos golpean a las puertas de la Alhambra», o que el egipcio Amal Dunqul (1983) cerrase su lamento por el trágico «cuadro granadino» de su obra *La muerte de la luna y otros poemas*, evocando precisamente el lema nazarí: «Señor, Lā Gālib illā Allāh»<sup>25</sup>.

En suma, todavía hoy Granada se sigue mirando en su pasado nazarí, pues parte de su esencia no escapa de su identidad árabe. Porque en esta ciudad no se suma «dos más dos», sino «dos y siempre», como dijera Lorca<sup>26</sup>.

Espero con este trabajo no sólo haber contribuido a reconstruir y a conocer mejor esa etapa de nuestro pasado que resultó en la creación del Reino Nazarí de Granada gracias a la labor de Ibn al-Aḥmar, si no también que dicho conocimiento revierta en la valoración de ese legado histórico recibido y en su positiva plasmación en nuestro presente.

---

drid: Universidad Autónoma, 1991, págs. 149-164; M<sup>a</sup> Ángeles Pérez Álvarez, «La influencia oriental en el «Diván del Tamarit de Lorca»», *Anuario de Estudios Filológicos*, 15 (1992), págs. 269-278.

23 Pedro Martínez Montávez, «Granada andalusí: término y continuidad» y «Granada y la Alhambra en el sentimiento árabe de hoy», en *Significado y símbolo de al-Andalus*, págs. 53-67 y 69-80, respectivamente; Elena Hernández Sandoica, *Tendencias historiográficas actuales*, pág. 45.

24 Pedro Martínez Montávez, *Significado y símbolo de al-Andalus*, pág. 73.

25 Pedro Martínez Montávez, «Nuevos cantos árabes a Granada». *Liḳā’ Encuentro. Documentos para el entendimiento islamo-cristiano*, 88-89 (agosto-septiembre 1979), págs. 1-24.

26 Expresión rescatada por Rodolfo Gil Benumeya, «Granada no está en la Alhambra», en *España dentro de lo árabe*. Madrid: Editora Nacional, 1964, pág. 23.



Pero junto con estas buenas intenciones, las páginas de este libro están también repletas de presencias que han ido dejando sus huellas en los ya más de quince años que llevo dedicada al estudio de estos apasionantes temas nazaríes, y que no pueden, ni deben, ser obviadas. Comenzaré por agradecer a la Universidad de Granada y a la Junta de Andalucía la concesión de sendas becas y contratos de investigación, pre y post-doctoral, que me permitieron en su día cumplir el sueño de iniciarme en la investigación de la mano de Ibn al-Aḥmar y de poder recorrer, cada día, un paso más en el estudio del Reino de Granada y de otros muchos aspectos relacionados con él. Al Departamento de Estudios Semíticos de esta universidad agradezco el haber sido y ser el espacio, institucional y humano, en el que pude realizar mi Tesis Doctoral durante cuatro intensos años y en el que he podido elaborar este libro, fruto de la actividad profesional que en él hoy día desarrollo. Gracias en especial también a su actual Director, Carmelo Pérez Beltrán, por el apoyo incondicional que siempre brinda a mis investigaciones.

Debo mucho al Grupo de Investigación «Ciudades Andaluzas bajo el Islam», al que pertenezco desde el año 2003, por haberme facilitado las estancias de investigación pre-doctorales que realicé en la Universidad al-Manar de Túnez, la Universidad de El Cairo y el Warburg Institute de la Universidad de Londres, tan necesarias para perfeccionar mi Tesis. Mención aparte merece su directora, la profesora Celia del Moral Molina, gran maestra y amiga donde las haya, por su apoyo incondicional hacia mi trabajo y por su sabia orientación: *alf šukr*. Agradezco, asimismo, a este Grupo y a la editorial UGR el haber asumido desde un principio la publicación de este libro con interés y esmero. Al igual que quiero expresar, una vez más, mi profundo agradecimiento al Patronato de la Alhambra y el Generalife por haber vuelto a abrir generosamente sus puertas a ese Ibn al-Aḥmar que un día residió tras ellas, con una especial mención a su director, Reynaldo Fernández Manzano, por su apoyo a esta publicación.

Necesarios para crecer en el campo de la investigación fueron, de igual manera, los dos proyectos I+D+i del Plan Nacional, ambos financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación, en los que he tenido la gran suerte de participar: el denominado «Ibn al-Jaṭīb y su tiempo» (ref. FFI2008-03627/FILO), desarrollado entre 2009 y 2011, y el titulado «La alteridad religiosa y étnica en los escritos de viajes: judíos, cristianos y musulmanes de Siria-Palestina (siglos XII-XVII)», (ref. FFI2010-16633), en vigor entre 2011 y 2014. Vaya también mi gratitud hacia sus dos investigadoras principales, las profesoras Celia del Moral Molina y M<sup>a</sup> José Cano Pérez, respectivamente, por haber contado con mi colaboración en ellos.

Washington University in St. Louis (Missouri, EEUU) es, sin duda, también un inolvidable destino en el que tuve la gran suerte de investigar, enseñar y, sobre todo, de aprender durante cuatro intensos años postdoctorales de mi

vida, cuyos resultados también se han visto plasmados en el trabajo que hoy presento. Dentro de esta gran institución, no tengo por menos que mencionar a los Departamentos de Historia, de Lenguas y Literaturas Romances, y de Lenguas y Culturas Judía, Islámica y del Oriente Próximo por su apoyo, académico y humano, a lo largo de ese indeleble tiempo.

Correspondida me siento, igualmente, con el Museo Arqueológico Nacional de Madrid y, en especial, con el gran equipo del Gabinete de Numismática, por facilitarme amablemente la consulta de cuántas piezas monetarias emitidas por Ibn al-Aḥmar me fueron necesarias para comprender, e ilustrar mejor, los contenidos de este libro. También con el Museo Arqueológico de Córdoba, que me autorizó, hace años, para estudiar directamente una lápida de un familiar de Ibn al-Aḥmar, cuyo contenido también ha quedado reflejado en el presente trabajo. No debe escapar de esta mención el Excmo. Ayuntamiento de Arjona, por ser el lugar que me abrió sus puertas para hablar, por primera vez, sobre su hijo predilecto, el primer emir nazarí, en las Jornadas «Noviembre Cultural Rey Alhamar» celebradas en un lejano 2003.

Han sido también reseñables y entrañables los compañeros que he conocido a lo largo y ancho del camino de la investigación y cuyas aportaciones han resultado, también, cruciales en estos años en los que se ha estado macerando la escritura de este libro. A mi colega el Dr. Josef Ženka, de la Universidad Carolina de Praga, por facilitarme con tanta generosidad algunos textos árabes sobre Ibn al-Aḥmar que han enriquecido el contenido de este trabajo. A mis colegas iraquí y sirio, Awad Husseyn y Mohamed Warjan, les debo su inestimable ayuda para desentrañar oscuros pasajes en lengua árabe de difícil comprensión. A mi compañero de la Escuela Oficial de Valencia, Vicente Carlos Navarro Oltra, le agradezco el clarificador mapa de la revuelta mudéjar, insertado en este libro, que desinteresadamente elaboró en su momento.

Mi reconocimiento va dirigido, igualmente, a todos aquellos lectores que han decidido acercarse a la figura de Ibn al-Aḥmar a través de este libro, sin miedo a enfrentarse de nuevo a los incómodos signos de transcripción que tanto amamos los arabistas y que, continuamente, siembran su contenido. Espero también entiendan la necesidad de expresar las fechas presentes en este trabajo tanto en el calendario islámico de la hégira como de la era cristiana, por mera precisión cronológica.

Los últimos agradecimientos de esta larga lista van destinados, una vez más, a mi familia, grandes expertos ya en la vida de Ibn al-Aḥmar, y a Purificación Almendros, con los que vuelvo a estar en infinita deuda por sus inyecciones de apoyo continuo en la elaboración de esta investigación, que hoy, por fin, toma forma de libro; también por su ejemplar paciencia y por su lectura afable y pausada de estos contenidos: este trabajo también es vuestro. El destino me ha dado, asimismo, la suerte de poder incorporar a esta sentida enumeración

a Miguel Ángel del Arco Blanco, con quien no sólo comparto una pasión incondicional por la historia sino, lo que es más importante aún, la vida; gracias siempre por tus sabios consejos y, sobre todo, por tu amor.

*En el nombre de Aláh clemente y sumo  
Que da sombra á la noche, luz al día,  
Voz á las aves y á las hierbas zumo:  
Cuya suprema voluntad podría  
Tornar en un soplo el universo en humo,  
Y que atesora en mí su poesía.  
Escrita os doy para su eterna gloria  
Del príncipe Al-hamar la regia historia.*

JOSÉ ZORRILLA  
*Granada: Poema Oriental*

## IBN AL-AḤMAR. LOS COMIENZOS DE SU VIDA Y DE SU GOBIERNO

### UN CEGRÍ DE ARJONA

#### *Los primeros años de su vida*

La infancia y primera juventud de Ibn al-Aḥmar permanecen prácticamente en el silencio y en la sombra. El primer dato que de él se conoce es que nació en la localidad jienense de Arjona a finales del año islámico 591 (1195), precisa fecha que el cronista por excelencia de la dinastía nazarí, Lisān al-Dīn Ibn al-Jaṭīb (m. 776/1374), no duda en definir como «el año de Alarcos» (*‘ām al-Arak*)<sup>1</sup>. Aludía precisamente con ello el visir y secretario de la Alhambra a la contienda militar del mismo nombre que había sido librada en al-Andalus el día 9 de *ša‘bān* del año 591 (19 de julio de 1195) y lo hacía con plena consciencia, pues la célebre Batalla de Alarcos había resultado muy exitosa para las filas musulmanas en tiempos de los Almohades, suponiendo el último triunfo de estos últimos sobre los cristianos peninsulares<sup>2</sup>. Resulta significativo que Ibn al-Jaṭīb aña-

- 1 Al-Bunnāhī, *Nuzhat al-baṣā‘ir al-absār*. Ed. parcial de Marcus Joseph Müller, *Die letzten Zeiten von Granada*. München: Christian Kaiser, 1863, pág. 116; Ibn al-Jaṭīb, *Al-Iḥāta fī ajbār Garnāta*. Ed. Muḥammad ‘Abd Allāh ‘Inān. El Cairo: *Al-Širka al-Duwaliyya li-l-Ṭibā‘a*, 2001<sup>4</sup>, II, págs. 99, donde por error ofrece el año 595 (1198-1199), que subsana posteriormente ofreciendo el año correcto en la pág. 100 de la misma obra; *Lamḥa*, págs. 48 y 49, trad. José M<sup>a</sup> Casciaro Ramírez y Emilio Molina López, *Historia de los Reyes de la Alhambra*, págs. 138 y 139; Ibn Ÿuzayy, *Maṭla‘ al-yumn wa-iqbāl fī intiqā‘ Kitāb al-Iḥtiṣāl wa-istidrāk mā fāta-hu min al-maqāl*. Ed. Muḥammad al-‘Arabī al-Jaṭṭabī. Beirut: Dār al-Garb al-Islāmī, 1986, pág. 23, trad. Teresa Isabel Sobrado Galanes, *Traducción y estudio del Maṭla‘ de Ibn Ÿuzayy: sobre rasgos y características del caballo* (Tesis Doctoral). Directores: M<sup>a</sup> Jesús Viguera Molíns y Camilo Álvarez de Morales y Ruiz-Matas. Universidad Complutense de Madrid, 2015, pág. 152.
- 2 Sobre la famosa Batalla de Alarcos, véase Ambrosio Huici Miranda, *Las grandes batallas de la Reconquista durante las invasiones africanas*. Estudio preliminar de E. Molina López y V. C. Navarro Oltra. Granada: Archivum, 2000 (ed. facsímil), págs. 135-216; M<sup>a</sup> Jesús Viguera Molíns, «Historia política», en Viguera Molíns, M<sup>a</sup> Jesús (coord.), *El retroceso territorial de al-Andalus. Almorávides y Almohades. Siglos XI al XIII*. Vol. VIII/2 de la *Historia de España* dir. por Ramón Menéndez Pidal.

da dicha apostilla; y es que la alusión a esta contienda, de un marcado sentido militar, va más allá de la propia referencia histórica que constituye, pues es conscientemente transferido a la personalidad del primer emir nazarí, quien, no olvidemos, era un exitoso cegrí (*tagrī*) o guerrero de frontera.

El nacimiento de este «rey de reyes» ha sido objeto de curiosas leyendas y fantasías por parte de la historiografía moderna. Sirva de ejemplo la versión de Miguel Lafuente Alcántara quien, en su *Historia de Granada*, llegó a afirmar que Ibn al-Aḥmar «según los astrólogos tenía un horóscopo muy favorable, por haber nacido el mismo día de la batalla de Alarcos, y por los pronósticos de un santón que le anunció en la cuna gloriosa carrera»<sup>3</sup>. Existe, asimismo, un relato ficticio sobre el primer emir nazarí compuesto por el escritor andaluz y andalucista José Luis Alonso Viñeña bajo el título de *Mohammad ben Yusuf Nasir Al-Hamar. Perfil biográfico de un caballero andalusí*, en el que lo caracteriza como «el último gran caudillo de Al-Andalus», como «el líder de un movimiento unitario de soberanía nacional»<sup>4</sup>. La figura de Ibn al-Aḥmar ha llegado a inspirar, asimismo, hermosos versos a poetas muy posteriores, como José Zorrilla, autor de una extensa composición titulada *Granada: poema oriental, precedido de la leyenda de Al-Hamar*<sup>5</sup>, al igual que piezas de teatro a dramaturgos como José Jiménez Serrano y Antonio Almendros, responsables del drama histórico *El valor recompensado o la toma de Jaén. Drama histórico en un acto y dos cuadros escrito en variedad de metros*, que cuenta, curiosamente entre sus personajes, con el primer emir nazarí<sup>6</sup>.

La tradición popular nos habla también del lugar exacto en el que pudo nacer Ibn al-Aḥmar en Arjona. El cronista Santiago de Morales Talero explica que «el sitio en el que nació Alhamar parece determinarse en el solar que hoy ocupa el actual hospital de San Miguel y quizás unido a los solares de las casas inmediatas»<sup>7</sup>. Pero lo cierto es que existe actualmente en Arjona una casa popularmente conocida como la «Casa del Rey», de la que se dice que era la

---

Madrid: Espasa Calpe, 1997, págs. 98-100; véanse asimismo los artículos sobre diversos aspectos de esta batalla en Ricardo Izquierdo Benito y Francisco Ruiz Gómez (coords.), *Alarcos 1195. Actas del Congreso Internacional Conmemorativo del VIII Centenario de la Batalla de Alarcos (1995. Ciudad Real)*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 1996; Manuel Jesús Ruiz Moreno, *La batalla de Alarcos 1195: Preludio de las Navas de Tolosa*. Madrid: Almena, 2015.

3 Granada: Archivum, 1992 (ed. facsímil), II, pág. 301.

4 Conferencia pronunciada por el autor en el I Simposium Andaluzí de Jaén en 1990, publicada en *Cuadernos del Ateneo*, 3 (1990).

5 Madrid: Imprenta y Litografía de los Huérfanos, I, 1895, págs. 47-188.

6 Granada: Imprenta y Librería de D. José María Zamora, 1851.

7 Sobre la historia y la localización de este Hospital, véase el artículo del mismo autor «Hospital de San Miguel de Arjona», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 5 (1955), págs. 35-42. En él se cuenta que debió de ser fundado a partir de la conquista castellana de Arjona, en 1244. «Los Reyes Nazaritas de Arjona -Luna Llena-», *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 32 (abril-junio de 1962), pág. 14.

morada del primer emir nazarí y de su familia<sup>8</sup>. Esta casa, muy remodelada en la actualidad, se halla situada en la Plaza de Santa María, en el antiguo alcázar urgabonense, junto a la Iglesia de tal nombre, y ya figuraba en escrituras antiguas, planos y actas del Concejo arjonero<sup>9</sup>. El citado cronista justifica esta creencia popular en la circunstancia de que los Nazaríes fueron los únicos reyes conocidos que nacidos en Arjona antes de la conquista castellana de la localidad en el siglo XIII, razón por la que entiende que tal denominación sólo puede hacer referencia a los soberanos de esta dinastía. Además, Santiago de Morales Talero identifica este enclave con la «casa del Duque de Arjona», argumentando que «esta casa abandonada por Alhamar y los suyos, por ser espaciosa y bien decorada, verdadero palacio de entonces, la tomó para sí el Duque de Arjona, para hacerla su mansión»<sup>10</sup>. Según afirma este mismo autor, se conservaba en el Museo Arqueológico de Granada un trozo de yesería con decoración de alharaca, procedente de dicha morada, indicativa de que ésta mantuvo su decoración árabe hasta que fue transformada por el ayuntamiento de la localidad<sup>11</sup>.

Para comenzar a acercarnos a la figura de Ibn al-Aḥmar en sí misma, resulta fundamental abundar, primeramente, en sus raíces familiares. Según informan los autores árabes que lo reseñan y, en especial, Ibn al-Jaṭīb, su nombre completo era Muḥammad b. Yūsuf [b. Muḥammad] b. Naṣr b. Aḥmad b. Muḥammad b. ‘Uqayl b. Naṣr Ibn Qays b. Sa’d b. ‘Ubada al-Anṣārī al-Jazrayī<sup>12</sup>.

- 8 Santiago de Morales Talero, «Los Reyes Nazaritas de Arjona -Luna Llena-», pág. 14.
- 9 En concreto, en un acta del Concejo del 20 de junio de 1863, en la que se pide autorización al Gobernador para habilitar esta casa con el fin de albergar provisionalmente el mencionado Hospital de San Miguel, ante el traslado del Ayuntamiento al lugar que ocupaba este último. Asimismo, consta otra acta, fechada el 27 de mayo de 1865, para autorizar a alguien que verificase la escritura de contrato de venta a favor del Ayuntamiento de la Casa del Rey, situada en la Plaza de Santa María, para destinarla al hospital de dicha villa. Véase Santiago de Morales Talero, «Hospital de San Miguel de Arjona», págs. 40-41.
- 10 «Los Reyes Nazaritas de Arjona», pág. 16.
- 11 Esta pieza fue donada, según Morales Talero, por sus últimos poseedores, los señores Contreas Pérez de Herrasti. Sin embargo, no nos fue posible localizarla en la sala 7 del Museo Arqueológico de Granada, antes de su clausura, que es la dedicada a la exposición de materiales arqueológicos andalusíes. En el Museo Arqueológico de Madrid tan sólo hemos encontrado al respecto un azulejo nazarí de cara vidriada de estaño decorado, del siglo XV, procedente de la provincia de Jaén.
- 12 Ibn al-Jaṭīb ofrece, en sus distintas obras, diferentes versiones de la genealogía del primer emir nazarí: *Iḥāta*, II, pág. 92, trad. Bárbara Boloix Gallardo, ««Yo soy el Ūhayna de sus noticias». Ibn al-Jaṭīb historiador de la dinastía nazarí», en Moral, Celia del y Velázquez Basanta, Fernando (eds.), *Ibn al-Jaṭīb y su tiempo*. Granada: Universidad, 2012, pág. 27; *Lamḥa*, pág. 42, trad. Casciaro-Molina, *Historia de los Reyes*, pág. 130; *Šaḥr Raqm al-ḥulal fi na’m al-duwal*. Ed. Muḥammad ‘Adnān Darwīš. Damasco: Manšūrāt Wizārat al-Ṭaqāfa, 1990, pág. 319; ms. 205 de los *A’māl*, folio 189, *apud* Josef Ženka, «Las terceras taifas en un nuevo manuscrito del *A’māl / I’māl al-a’lām* de Ibn al-Jaṭīb», en Ammadi, Mostafa, Vidal Castro, Francisco y Viguera Molíns, M<sup>a</sup> Jesús (eds.), *Manuscritos árabes en Marruecos y en España: espacios compartidos*. Casablanca: Universidad Hassan II, 2013, pág. 187, nota al pie 28.



Imagen de la «Casa del Rey» en Arjona (Jaén)

Como puede apreciarse en su cadena genealógica, pertenecía por línea paterna a una familia de Arjona llamada los Banū Naṣr («los descendientes de Naṣr»), quienes eran igualmente conocidos como los Banū l-Aḥmar («los descendientes del Bermejo»), siendo el ascendiente al que, al parecer, se remontaba tal apodo ‘Uqayl, como se explicará en breve.

Aunque parece ser que los Nazaríes no tenían ningún origen familiar de prestigio, una vez ya asentados en el poder no dudaron en atribuirse una brillante ascendencia político-religiosa de los primeros tiempos del Islam, procurando un parentesco con los remotos *Anṣār* («los auxiliares») de Medina. Constituían estos últimos una gran confederación tribal, integrada por dos tribus procedentes del Yemen denominadas al-Aws y al-Jazraʿy, respectivamente, que en época pre-islámica habían emigrado a la ciudad de Medina, antigua Yaṭrib. Fue en esta emblemática localidad donde acogieron y «auxiliaron» al profeta Mahoma en su Hégira a esta urbe, en el año 622, eligiéndolo además como árbitro de sus conflictos internos.

Dada la coincidencia de que tanto la denominación de *al-Anṣār* como de Banū Naṣr compartían la misma raíz etimológica árabe, al derivar ambas del término *naṣara* («ayudar», «asistir», «conceder la victoria a alguien sobre el enemigo»), los genealogistas de la Alhambra aprovecharon este filón lingüísti-



co para justificar el entronque de la dinastía nazarí con los mencionados *Anṣār* medinenses. Dicho vínculo fue realizado a través de un miembro de dicho colectivo llamado Qays, quien era hijo de Sa'd b. 'Ubāda al-Anṣārī al-Jazra'ī (m. 14 ó 15/635-636 ó 636-637), su ancestro más lejano y destacado por haber estado a punto de ser el primer califa del Islam a la muerte del profeta Mahoma<sup>13</sup>.

Aunque hay indicios para situar el origen de dicho recurso genealógico en el s. XIII, fueron en realidad los personajes ligados a la corte nazarí en el siglo XIV y, en especial, al-Bunnāhī e Ibn al-Jaṭīb, los que incidieron con insistencia en la validez de dicha genealogía de prestigio, ofreciendo interesantes noticias acerca de los progenitores de Ibn al-Aḥmar que contribuían a elevar el abolengo familiar de este personaje<sup>14</sup>. Según ambos cronistas, su padre se llamaba Abū l-Ḥayyāy Yūsuf, era natural de Arjona e hijo de un tal Muḥammad b. Naṣr, abuelo, por lo tanto, del primer emir nazarí<sup>15</sup>. No se sabe cuál era su oficio, pero es posible que estuviese relacionado con la vida castrense, ya que en cierta ocasión es mencionado como arráez (*al-ra'īs*) o jefe militar<sup>16</sup>. Dicha referencia puede, tal vez, relacionarse con la creencia de que Ibn al-Aḥmar tenía ascendientes en el *yūnd* o ejército regular de Arjona<sup>17</sup>. En cuanto a su

- 13 Sin ánimo de extenderme demasiado en este asunto, remito a los estudios que he realizado de la genealogía de los Nazaries en los que demostré la falta de veracidad, histórica e historiográfica, de dicha ascendencia genealógica, concluyendo que fue un recurso inventado con fines legitimadores. Véase, al respecto, el capítulo II de mi monografía *De la Taifa de Arjona al Reino Nazarí de Granada (1232-1246). En torno a los orígenes de un estado y de una dinastía*. Jaén: Instituto de Estudios Giennenses, 2006, titulado «La familia nazarí. Los Banū Naṣr de Arjona», págs. 85-145; asimismo, consúltese el trabajo «The Genealogical Legitimization of the Naṣrid Dynasty: The Alleged Anṣārī Origins of the Banū Naṣr», en Bennison, Amira K. (ed.), *The Articulation of Power in Medieval Iberia and the Maghrib*. Oxford: Oxford University Press, 2014, págs. 61-85, resultado de la ponencia que ofrecí bajo el mismo título en el Congreso Internacional del mismo nombre celebrado en la Universidad de Cambridge (Reino Unido) en septiembre de 2011.
- 14 Ibn al-Jaṭīb, *Lamḥa*, págs. 34-35; trad. Casciaro-Molina, *Historia de los Reyes*, pág. 121-122; al-Bunnāhī, *Nuzha*, págs. 115-116.
- 15 Ibn al-Jaṭīb, *Lamḥa*, pág. 34, trad. Casciaro-Molina, *Historia de los Reyes*, pág. 122. La *kunya* o sobrenombre de paternidad, propia del nombre árabe medieval, que le es atribuida al padre de Ibn al-Aḥmar (Abū l-Ḥayyāy), es únicamente mencionada al principio de dos cartas enviadas por el régulo de Ceuta Abū l-Qāsim al-'Azafī (m. 677/1279) al primer emir nazarí. Véase al-Qabtawrī, *Rasā'il dīwāniyya min Sabta fī l-'ahd al-'azafī. Inṣā' Jalaf al-Gāfiqī al-Qabtawrī*. Ed. por Muḥammad al-Ḥabīb Hila. Rabat: 2002<sup>3</sup>, págs. 125 y 131, respectivamente. Sobre los 'Azāfies de Ceuta, véase principalmente J. D. Latham, «'Azafī, Banu 'l-», en *EP*. Leiden: Brill, 1980, suplemento 1-2, págs. 111-113; J. D. Latham, «The rise of the 'Azafides of Ceuta», en *From Muslim Spain to Barbary. Studies in the History and Culture of the Muslim West*. Londres: Variorum Reprints, 1986, págs. 265-269; Mohamed Cherif, *Ceuta aux époques almohade et méridide*. París: Editions L'Harmattan, 1996.
- 16 Este es el tratamiento que el padre de Ibn al-Aḥmar recibe, precisamente, en las cartas mencionadas de Abū l-Qāsim al-'Azafī. Véase al-Qabtawrī, *Rasā'il*, págs. 125 y 131.
- 17 Ibn Jaldūn, *Kitāb al-'ibar*. Ed. Beirut: Mu'assasat al-'Alamī li-l-Maṭbū'āt, 1971, IV, pág. 170; trad. Gaudefroy-Demombynes, «Histoire des Banou l-Aḥmar, rois de Grenade, extraits du *Kitāb al-'ibar (Livre des Exemples)*», *Journal Asiatique*, 9<sup>a</sup> serie, 12 (1898), pág. 321; al-Maqqarī, *Nafh al-*

madre, nos consta que se llamaba Fāṭima y que era hija de Abū l-Ḥasan ‘Alī b. Muḥammad al-Tuḡībī, conocido con el sobrenombre de Ašqīlūla, epónimo de una familia procedente también de Arjona como los Banū Naṣr<sup>18</sup>.

De esta unión nació, pues, Ibn al-Aḥmar y también sus tres hermanos Ismā‘il (m. 655/1257), Faray̅ y Yūsuf<sup>19</sup>. Por el orden preciso en el que tanto al-Bunnāhī como Ibn al-Jaṭīb ofrecen sus nombres, es bastante probable que Ibn al-Aḥmar fuese el primogénito de dicha prole y, por tanto, el mayor de los cuatro vástagos, posibilidad a la que apunta también el hecho de llamarse como su abuelo paterno, Muḥammad, pues es bien conocida la arraigada costumbre entre los árabes de imponer al primer hijo el nombre de su abuelo. Sin embargo, lo cierto es que tanto en los textos árabes como los castellanos el primer emir nazarí trascendió con su apodo de «Ibn al-Aḥmar» («el hijo del rojo» o «del bermejo»)<sup>20</sup>.

La mayoría de los autores, árabes y castellanos, relacionan el posible origen de dicho sobrenombre directamente con la figura del progenitor de nuestro emir. Este es el caso de Ibn ‘Idārī, quien afirma que «con lo que más se distinguió fue con el apelativo de su padre, conocido como al-Aḥmar («el Rojo»), que usó en todo y al que se limitaba en su denominación y en su ‘alāma [sello de

---

*ṭīb min guṣn al-Andalus al-ratīb wa-ḍikr wazīri-hā Lisān al-Dīn Ibn al-Jaṭīb*. Ed. Iḥsān ‘Abbās. Beirut: Dār Ṣādir, 1968, I, pág. 447, quien toma los datos de Ibn Jaldūn, trad. Gayangos, II, pág. 339. Véase también Juan González Sánchez, *Historia de la ciudad de Arjona desde su fundación hasta nuestros días*. Madrid: Fortanet, 1905, pág. 56.

- 18 La figura de la madre de Ibn al-Aḥmar, Fāṭima, es mencionada por Al-Bunnāhī, *Nuzha*, pág. 115 y ha sido estudiada por quien suscribe tanto en *De la Taifa de Arjona*, págs. 134, 136 y 145, como en la monografía *Las Sultanas de la Alhambra. Las grandes desconocidas del Reino Nazarí de Granada (siglos XIII–XV)*. Granada: Comares–Patronato de la Alhambra y el Generalife, 2013, págs. 48, 49, 139 y 228. Sobre los Banū Ašqīlūla, véase M<sup>a</sup> Jesús Rubiera, «Los Banū Escayola, una dinastía granadina que no fue», *Andalucía Islámica. Textos y Estudios*, 2-3 (1981-1982), págs. 85-94; Bárbara Boloix Gallardo, *De la Taifa de Arjona*, págs. 131-137 y cuadro genealógico insertado en la pág. 140; I. S. Allouche, «La revolte des Banou Ašqīlūla contre le sultan naṣrite Muḥammaad II d’après le *Kitāb A‘māl al-A‘lām d’Ibn al-Khaṭīb*», *Hesperis*, 25 (1938), págs. 1-11.
- 19 Al-Bunnāhī, *Nuzha*, pág. 115; Ibn Jaldūn, *Kitāb al-‘ibar*, IV, pág. 170; Ibn al-Jaṭīb, *A‘māl al-a‘lam fi man būyi‘a qabla al-iḥtilām min mulūk al-Islām wa-mā yaḡurru ḍālīka min šuḡūn al-kalām*. Ed. E. Lévi-Provençal. El Cairo: Maktabat al-Ṭaqāfa al-Dīniyya, 2004, pág. 287, *Iḥāta*, II, pág. 242 y III, pág. 382 y *Lamḥa*, pág. 35, trad. Casciaro–Molina, *Historia de los Reyes*, pág. 122; al-Maqqarī, *Nafḥ al-ṭīb*, I, pág. 447; al-Qalqaṣandī, *Subḥ al-a‘šā fi šinā‘at al-inšā’*. Ed. El Cairo: Dār al-Kutub al-Jadīwiyya, 1913-1919, V, pág. 260.
- 20 Ibn Abī Zar‘, *Al-Anīs al-muṭṭrib bi-rawḍ al-qirtās fi ajbār mulūk al-Magrib wa-ta’rīj madīnat Fās*. Ed. ‘Abd al-Wahhāb al-Manšūr. Rabat: al-Maṭba‘a al-Mulkiyya, 1999<sup>2</sup>, pág. 360, trad. Ambrosio Huici Miranda. Valencia: 1964<sup>2</sup>, pág. 527; Ibn ‘Idārī, *Al-Bayān al-mugrib fi ijtiṣār ajbār mulūk al-Andalus wa-l-Magreb. Qism al-muwaḥḥidīn* (volumen de los Almohades). Ed. Muḥammad Ibrāhīm al-Kattānī, Muḥammad Zanaybar, Muḥammad b. Tāwit y ‘Abd al-Qādir Zamāma. Beirut–Casablanca: Dār al-Garb al-Islāmī–Dār al-Ṭaqāfa, 1985, pág. 296; trad. Ambrosio Huici Miranda. Tetuán: Editora Marroquí, 1953, I, 335; Ibn Jaldūn, *Kitāb al-‘ibar*, IV, pág. 167, trad. Gaudefroy, pág. 312; al-Maqqarī, *Nafḥ al-ṭīb*, I, pág. 446; al-Qalqaṣandī, *Subḥ al-a‘šā*, V, pág. 260, trad. parte de al-Andalus por Luis Seco de Lucena. Valencia: Anubar, 1975, pág. 77.

validación]; con él cabalgaba, con él escribía y con él se ataviaba en su vestir»<sup>21</sup>. De hecho, consta que este color almagró igualmente sus banderas, como reflejan ciertos textos de naturaleza tan diversa como la poesía y la prosa cancillerescas. Y es que «la bandera roja» (*al-rāya al-ḥamrā'*) del primer emir nazarí es mencionada tanto en un poema laudatorio que le dedicó el poeta Abū l-Baqā' al-Rūndī (m. 684/1285-1286) como en un escrito redactado por el secretario de la cancillería nazarí, en tiempos de este emir, Abū Bakr Muḥammad Ibn Jaṭṭāb al-Mursī (m. 686/1287)<sup>22</sup>. La tradición colorativa de los estandartes nazaríes alcanzó tanta fuerza y representatividad desde que la adoptara Ibn al-Aḥmar que se mantuvo hasta el final de la historia del Reino Nazarí.

La crónica cristiana también se hace eco de tal distintivo, ofreciendo diferentes versiones al respecto. La *Primera Crónica General de España* explica que el primer emir nazarí era un «alaraué que dizien Auenalahmar», mientras que la *Crónica de Alfonso X* refiere que «este rey de Granada fue el primero rey al que dixerón Abén Hamar», sin dar más explicaciones al respecto<sup>23</sup>. Por el contrario, la *Crónica de Don Alfonso el Onceno* argumenta que «et en aquel tiempo avía en Arjona un Moro que decían D. Mahomad, et porque era muy rubio llamabanle los Moros Abenahmar, que quiere decir bermejo (...) et porque los Moros lo llamaban Benahmar, que quiere decir bermejo, tomó las señales bermejas, según que las ovieron después los Reyes de Granada»<sup>24</sup>. Por último, la anónima *Historia de la Casa Real de Granada* explica que «por ser bermejo de dixo Alamar»<sup>25</sup>.

Sin embargo, este sobrenombre pudiera ser más remoto y proceder de uno de sus antepasados, el ya mencionado 'Uqayl, quien era apodado «al-Aḥmar» (*al-mulaqqab bi-l-Aḥmar*), es decir, «el bermejo», seguramente debido a su apariencia pelirroja, según consta en la cadena genealógica del primer emir nazarí ofrecida por al-Bunnāhī<sup>26</sup>. Es posible, por lo tanto, que tal apelativo hiciese

- 21 *Bayān, qism al-muwaḥḥidīn*, pág. 296; trad. Huici Miranda, I, pág. 335. Respecto a la 'alāma o sello de validación de los documentos nazaríes, de ella hablaremos en el segundo capítulo del presente trabajo.
- 22 Dicho poema fue reproducido por Ibn al-Jaṭīb, *Al-Iḥāta fī ajbār Garnāṭa. Nuṣūṣ ḡadīda lam tunṣār*. Ed. 'Abd al-Salām Ṣāqūr. Tetuán: Kulliyat al-Ādāb, 1988, pág. 58; para el escrito cancilleresco, véase Ibn Jaṭṭāb al-Mursī (m. 686/1287), *Faṣl al-jitāb fī tarsīl Abī Bakr Ibn Jaṭṭāb*. Ed. y estudio por Ḥasan el-Ghaylānī (Tesis Doctoral inédita). Madrid: Universidad Complutense, 1994, pág. 163.
- 23 *Primera Crónica General de España*. Ed. Ramón Menéndez Pidal. Madrid: Gredos, 1977<sup>2</sup>, II, pág. 722. *Crónica de Alfonso X*. Ed. Manuel González Jiménez. Murcia: Real Academia de Alfonso X el Sabio, 1998, págs. 6-7.
- 24 *Crónica de Don Alfonso el Onceno de este nombre, de los reyes que reynaron en Castilla y en León*. Madrid: Imprenta de D. Antonio de Sancha, 1788<sup>3</sup>, I, pág. 101. Esta misma afirmación fue mantenida por Gonzalo Argote de Molina, *Nobleza de Andalucía que dedicó al rey don Felipe II*. Jaén: Impresor de la Casa Real, 1866, págs. 201 y 202.
- 25 Juan de Mata Carriazo y Arroquia, «La *Historia de la Casa Real de Granada*. Anónimo castellano de mediados del siglo XVI», *Miscelánea de Estudios Árabes y Hebraicos*, 6 (1957), pág. 15.
- 26 *Nuzha*, pág. 111. Ya apunté a esta posibilidad en mi trabajo *De la Taifa de Arjona*, págs. 194-195.

referencia a este remoto ancestro y no directamente a su padre. En cuanto a la apariencia física (*ḥilyatu-hu*) de nuestro personaje, lo poco que sabemos se lo debemos a al-Bunnāhī, quien afirma que era guapo y de piel blanca (*ḡamīl al-waḡḡ azhar al-lawn*)<sup>27</sup>.

La infancia y adolescencia de Ibn al-Aḥmar, de la que los textos guardan un total silencio, podría resumirse en la siguiente frase de Ibn al-Jaṭīb: «Se crió en Arjona, de la Campiña de Córdoba, la mejor de las aldeas del país y la de más abundantes cosechas, y la que era su tierra y la de su abuelo, a la sombra del bienestar, dedicado a la agricultura y en un ambiente de valentía y celebridad (...)»<sup>28</sup>. En los primeros años de su vida debió de dedicarse, pues, a las labores agrícolas y ganaderas, algo que también confirma la crónica castellana, ejemplificada en la *Primera Crónica General*, donde se afirma que «poco antes era quintero, que non auie otro mester sinon seguir los bueys et el arado»<sup>29</sup>. Rodrigo Jiménez de Rada menciona, igualmente, los orígenes rústicos del emir nazarí, señalando que «et tunc inualuit Arabs quidam dictus Mahomat Auena-lagmar, qui paulo ante boum et aratri uestigia sequebatur»<sup>30</sup>.

Ibn al-Aḥmar compaginaba estas actividades, propias de la vida rural, con la que era su principal función: la defensa de la frontera como tagarino. Así lo reflejan las fuentes, tanto árabes como de origen cristiano, al hablar de su vida antes de asumir el poder. En su crónica *al-Mugrib fi ḥulā al-Magrib*, Ibn Saʿīd al-Magribī (m. 685/1286), quien conoció al primer emir nazarí personalmente, afirma de él que «es hasta hoy día un guerrero de frontera en [al-Andalus] contra los numerosos ejércitos cristianos, [a pesar del hecho de contar] con menos de mil jinetes. Es un portento de su tiempo en cuanto a su caballería, su bravura y su dicha en los encuentros [militares] con el enemigo»<sup>31</sup>.

Estas palabras resultan mucho más explícitas aún en Ibn al-Jaṭīb quien, un siglo más tarde, describía a Ibn al-Aḥmar como «un guerrero valiente, un héroe, un hombre esforzado, de gran firmeza, que desdeñaba la vida tranquila y ociosa, y prefería la rudeza y la pobreza. Sobrio en la comida, nada afectado, sencillo en las armas, de gran ímpetu, bravo, muy intrépido; menospreciaba la presunción, era buen amigo para con sus parientes, bienhechor de su gente, celoso en la reclamación de su derecho (...) Se hacen lenguas los cronistas en

27 *Nuzha*, pág. 116.

28 *Iḥāṭa*, II, pág. 93, trad. Bárbara Boloix, ««Yo soy el Ŷuhayna», págs. 28-29; *Lamḥa*, pág. 42, trad. Casciaro-Molina, *Historia de los Reyes*, pág. 130; ms. 205 de los *Aʿmāl*, folio 189, *apud* Josef Ženka, «Las terceras taifas», pág. 186.

29 II, pág. 722. También se hace eco de ello la *Crónica de Veinte Reyes*. Transcrita por José Manuel Ruíz Asencio y Mauricio Herrero Jiménez. Estudios introductorios por Gonzalo Martínez Díez, José Fradejas Lebrero y César Hernández Alonso. Burgos: Ayuntamiento, 1991, pág. 304, con unas palabras muy parecidas.

30 *Historia de rebvs Hispanie sive Historia Gótica*. Ed. Juan Fernández Valverde. Turnhout: Brepols, 1987, pág. 294.

31 Ed. Šawqī Ḍayf. El Cairo: Dār al-Maʿārif, 1955, II, pág. 109.

ponderar el filo de sus armas y el peso de su maza (*dabbūzi-hi*)»<sup>32</sup>. De esta última nos habla, precisamente, el desconocido autor del *Ta'rij al-Andalus*, fuente que pone un especial énfasis en la fuerza y en la bravura de Ibn al-Aḥmar, a quien describe como «un muchacho hermoso, valiente y de recio brazo. [Aunque] su maza pesaba veintidós libras de hierro, combatía todo el día con ella sin que le importase [tal carga]»<sup>33</sup>. De hecho, algunas fuentes afirman que nuestro protagonista era también conocido con el sobrenombre (*laqab*) de Abū Dabbūs, es decir, «el de la maza»<sup>34</sup>. Volviendo la mirada hacia la cronística cristiana, nos encontramos con el testimonio de la tardía, y también anónima, *Historia de la Casa Real de Granada*, donde se afirma de Ibn al-Aḥmar que «poco antes, siendo labrador y pastor, se abía dado a la milicia»<sup>35</sup>.

La actividad militar fronteriza, más que un oficio, resultaba ser una necesidad desde principios del siglo XIII, época en la que los castellanos realizaron grandes conquistas por las tierras de Jaén que, por el gran desplazamiento hacia el sur que sufrió la frontera, habían quedado convertidas en limítrofes con Castilla<sup>36</sup>. Los diferentes castillos o *ḥusūn* que las poblaban vieron aumentado, aún más si cabe, su papel defensivo, ayudados por la protección natural de la sierra. Baste recordar que, a partir de la Batalla de las Navas de Tolosa, librada en el año 1212, el rey Fernando III «el Santo» se había hecho con las fortalezas jiennenses de Ferral, Vilches, Baños de la Encina, Tolosa y Castro, enclaves que constituían plazas avanzadas en tierras de al-Andalus<sup>37</sup>. La localidad de Quesada fue tomada en 1224 con gran facilidad, tras lo cual el rey Santo demolió los castillos de Lacra, Toya, Palos, Iznadiel, Estiviel y Espeluy, así como las localidades de Montejícar, Albuniel, Pegalajar y Montíjar, posteriormente<sup>38</sup>. Desde La Guardia, los ejércitos castellanos destruyeron el castillo de Mengíbar, lo que supuso el desmantelamiento de la red de fortalezas defensivas de Jaén.

De manos del gobernador almohade de Jaén y Córdoba, 'Abd Allāh al-Bayyāsī «el Baezano», Fernando III recibió importantes plazas, como el castillo de Salvatierra y Capilla en 1226<sup>39</sup>. Tras la muerte de al-Bayyāsī, el rey castella-

32 *Ihāṭa*, II, pág. 94, trad. Bárbara Boloix, ««Yo soy el Ŷuhayna», pág. 30; *Lamḥa*, pág. 43, trad. Casciaro-Molina, *Historia de los Reyes*, págs. 130-131.

33 Pág. 267.

34 Ibn Jaldūn, *Kitāb al-'ibar*, IV, pág. 170, trad. Gaudefroy, pág. 322; al-Qalqašandī, *Ṣubḥ al-a'šā*, V, pág. 260, trad. pág. 77.

35 Pág. 15.

36 Véase el apartado dedicado a la frontera en el capítulo I de mi trabajo *De la Taifa de Arjona*, págs. 41-58.

37 *Ibidem*, pág. 50.

38 *Crónica latina de los Reyes de Castilla*. Ed. Luis Charlo Brea. Madrid: Akal, 1999, págs. 75-76; *Crónica de Veinte Reyes*, pág. 300; *Primera Crónica General*, II, pág. 720. Julio González, «Las conquistas de Fernando III en Andalucía», *Hispania*, 6 (1946), págs. 544-545. Bárbara Boloix Gallardo, *De la Taifa de Arjona*, págs. 51-53.

39 *Crónica latina de los Reyes de Castilla*, pág. 81. Sobre la importancia de 'Abd Allāh al-Bayyāsī, que llegó a declararse independiente en Baeza, y sus posesiones territoriales, véase Julio Gonzá-

no se hizo finalmente con Baeza el 1 de diciembre de 1226, conquista que completó con las de Andújar y Martos, que ya poseía en 1227, y con las que también pasaron a manos castellanas otros castillos menores dependientes de ambas poblaciones, tales como los de Bailén, Linares, Giribaile, Estiviel, Aldehuela y Marmolejo. Montejícar y Otíñar fueron destruidas en 1228<sup>40</sup>; la fortaleza de Sabiote fue conquistada en 1229 ó 1231, así como también la de Jódar<sup>41</sup>; finalmente Úbeda, uno de los núcleos más importantes de la zona, fue tomada por los Castellanos en julio de 1233, coincidente con el mes de ramadán del año 630<sup>42</sup>.

Todos estos ejemplos pretenden demostrar el gran avance castellano que se produjo, a lo largo del siglo XIII, por el Alto Valle del Guadalquivir y la zona del Guadiana Menor, lo cual acabó exponiendo a un gran peligro a otras plazas jiennenses no conquistadas. Éste era precisamente el caso de Arjona, localidad por entonces controlada por el líder murciano Ibn Hūd al-Mutawakkil, que se hallaba en la frontera abierta con Castilla y en una situación de gran riesgo, al haber sido rodeada por el cercano itinerario de las conquistas militares de Fernando III<sup>43</sup>. Dicha situación justifica que Ibn al-Aḥmar, como cegrí que era, se erigiese en «defensor de sus familiares, sus semejantes y sus vecinos» en su localidad natal, como apostilla Ibn al-Jaṭīb<sup>44</sup>.

Considerando que, a tenor de las fuentes, su vocación militar le venía de antaño, a ella debió de dedicarse ya de adulto, pues tenía cualidades de sobra para ello. Los textos inciden, además, en el hecho de que el primer emir nazarí había destacado en actividades de la defensa fronteriza junto a su hermano, el también tagarino Abū l-Walīd Ismā'īl (m. 655/1257), y que ambos gozaban de gran consideración y autoridad en dicha comarca (*wa-kāna li-humā wa'yāha wa-riyāsa fī tilka al-nāḥiyya*)<sup>45</sup>. Esta capacidad debió de conferirle un cierto liderazgo en su localidad natal ya antes de su sublevación, lo que los textos reflejan de una u otra manera. Por último, las fuentes cristianas no dudan en ponderar

---

lez, «Las conquistas de Fernando», págs. 536-563.

40 *Crónica latina de los Reyes de Castilla*, pág. 80. Francisco Javier Aguirre y M<sup>a</sup> Carmen Jiménez, *Introducción al Jaén islámico (Estudio geográfico-histórico)*. Jaén: Instituto de Estudios Giennenses, 1979, pág. 233-237; Julio González, «Las conquistas de Fernando III en Andalucía», págs. 556-560; Bárbara Boloix, *De la Taifa de Arjona*, pág. 53.

41 Juan Eslava Galán, *Los castillos de Jaén*. Jaén: Osuna, 1999, págs. 133-5; Bárbara Boloix, *De la Taifa de Arjona*, pág. 54.

42 Francisco Javier Aguirre y M<sup>a</sup> Carmen Jiménez, *Introducción al Jaén islámico*, págs. 243-244.

43 Véase Julio González, «Las conquistas de Fernando III», págs. 537 y ss.

44 *Iḥāta*, II, pág. 94, trad. Bárbara Boloix, «Yo soy el Ŷuhayna», pág. 30.

45 Ibn Jaldūn, *Kitāb al-'ibar*, IV, pág. 170, trad. Gaudefroy, pág. 321; al-Maqqarī, *Nafh al-ṭīb*, I, pág. 447, trad. Gayangos, II, pág. 339; al-Qalqašandī, *Ṣubḥ al-a'šā*, V, pág. 260, trad. Seco de Lucena, pág. 77. Juan González Sánchez, *Historia de la ciudad de Arjona*, pág. 56. Sobre el hermano de Ibn al-Aḥmar, véase al-Bunnāhī, *Nuzha*, pág. 115; Ibn Jaldūn, *Kitāb al-'ibar*, IV, pág. 170; Ibn al-Jaṭīb, *A'māl*, pág. 287, *Iḥāta*, II, pág. 242 y III, pág. 382 y *Lamḥa*, pág. 35, trad. Casciaro-Molina, *Historia de los Reyes*, pág. 122; al-Maqqarī, *Nafh al-ṭīb*, I, pág. 447; al-Qalqašandī, *Ṣubḥ al-a'šā*, V, pág. 260.

la valía militar de Ibn al-Aḥmar como la principal virtud que le valió su proclamación como emir. Así, la *Crónica de Don Alfonso el Onceno* afirma que «en aquel tiempo avia en Arjona un Moro que decian D. Mahomad (...), et era de grand fuerza, et muy ardido, et por esto los de Arjona tomaronlo por Rey», mientras que la *Historia de la Casa Real de Granada* resalta su actividad en la milicia, «en la qual, por sus grandes fuerças y balor, bino a ser tan estimado, que los de Arjona, de donde él era natural, lo alçaron por rey, en el dicho año»<sup>46</sup>.

Finalmente, las fuentes árabes añaden otro detalle de interés; y es que afirman que el primer emir nazarí era conocido como *al-Šayj*, es decir, «el jefe» o «el maestro», poniendo con este apelativo un énfasis especial en su carisma<sup>47</sup>. Este último mérito es también atestiguado por Ibn al-Jaṭīb, quien argumenta que «era este hombre [Ibn al-Aḥmar] un prodigio de Dios en cuanto a su sencillez, su integridad y su popularidad (*ŷumhūriyya*)»<sup>48</sup>. El tratamiento de *šayj* albergaba, junto a la condición de jefe, unas connotaciones de religiosidad mística o sufí, por lo que era aplicado a aquellas personas que detentaban un cierto liderazgo espiritual<sup>49</sup>. Este hecho concuerda con las descripciones que nos aportan las fuentes sobre Ibn al-Aḥmar, del que resaltan su apariencia un tanto ascética y su comportamiento de cierto carácter místico sufí, al estilo del perfil que las fuentes árabes solían atribuir a los soberanos magrebíes y, en especial, a los de la dinastía meriní, dada la gran consideración social que el sufismo tenía en estas tierras<sup>50</sup>.

Si bien tenemos cierta constancia de su actividad agrícola y, sobre todo, militar antes de convertirse en emir, nada nos revelan las fuentes de manera explícita sobre la vida personal de Ibn al-Aḥmar en esta primera época. A pesar de ello, es posible lanzar varias conjeturas en base a referencias indirectas existentes en los textos árabes. En algún momento de esta etapa, intuimos que

46 Pág. 101; pág. 15.

47 Ibn Jaldūn, *Kitāb al-‘ibar*, IV, págs. 167 y 170, trad. Gaudefroy, págs. 312 y 321; al-Maqqarī, *Nafḥ al-ṭīb*, I, pág. 447, trad. Gayangos, II, pág. 339; al-Qalqašandī, *Šubḥ al-a-šā*, V, pág. 260, trad. pág. 77.

48 *Iḥāta*, II, pág. 94, trad. Bárbara Boloix, ««Yo soy el Ŷuhayna», pág. 30. Este término árabe que puede interpretarse, asimismo, como «don de gentes».

49 Sobre las connotaciones de este término, véase E. Geoffroy, «SHaykh», en *EP*, IX, págs. 397-398.

50 La faceta mística, o pseudo-mística, de Ibn al-Aḥmar fue ya resaltada por L. P. Harvey, *Islamic Spain, 1250 to 1500*. Chicago-Londres: The University of Chicago Press, 1992, págs. 26-31, 34-37 y 40, y, posteriormente, por Francisco Vidal, «Historia política», págs. 80-81 y en «Frontera, genealogía y religión en la gestación y nacimiento del Reino Nazarí de Granada. En torno a Ibn al-Aḥmar», en *Actas del III Estudios de Frontera. Convivencia, Defensa y Comunicación en la Frontera (Alcalá la Real, 18-20 noviembre 1999)*. Jaén: Diputación Provincial, 2000, págs. 807-808. Sobre este aspecto, véase asimismo la aportación de Aḥmad Šafiq Damaŷ, «Al-Mutaššifūna wa-l-sulṭa fi ‘ašr Banī l-Aḥmar», en Ibn ‘Abd al-Malik b. ‘Abd al-Ḥafī‘ al-Kattānī, Muḥammad (ed.), *Al-Tašawwuf fi l-garb al-islāmī bayna al-ibdā’ wa-l-ittibā’*. Fez: Mu‘assasat Ibn al-Jaṭīb, 2013, págs. 103-116.

debió de casarse en Arjona con su prima ‘Ā’iṣa, hija de su tío paterno (*bint ‘ammi-hi*) Muḥammad, como afirma al-Bunnāhī<sup>51</sup>. Aventuramos que esta unión debió de tener lugar antes de 628 (1230-1231), pues en ese año nació probablemente uno de los hijos que el primer emir nazarí tuvo con esta esposa, Abū Sa‘īd Faraḡ; de ser así, este vástago habría venido al mundo un año antes de asumir Ibn al-Aḡmar el poder y cuando éste contaba con treinta y siete años<sup>52</sup>.

Sin embargo, es bastante posible que Abū Sa‘īd Faraḡ no fuese el primogénito de Ibn al-Aḡmar sino su segundo hijo; y es que parece muy probable que, anteriormente, ya hubiese nacido también en la localidad urgabonense su hijo Abū l-Ḥaḡḡāḡ Yūsuf, a pesar de haber pasado bastante desapercibido en la historia y de no haber sido su heredero oficial, como comprobaremos posteriormente. Es cierto que las fuentes nada mencionan sobre ello y que siempre ofrecen su nombre en tercer lugar, al enumerar los tres vástagos varones que engendró el emir nazarí con su ya aludida prima, concediendo, conscientemente, la presunta primogenitura a su otro hijo Abū ‘Abd Allāh Muḥammad (II), por haber llegado a ser el segundo sultán de la dinastía<sup>53</sup>.

Tampoco Ibn al-Jaḡib contribuye a despejar esta duda, al no ofrecer la fecha de nacimiento de Abū l-Ḥaḡḡāḡ Yūsuf en la escueta semblanza que le dedica en su obra *al-Iḡāta*<sup>54</sup>. Sin embargo, podríamos apoyar esta hipótesis en la realidad onomástica, pues no olvidemos que Yūsuf era también el nombre del padre de Ibn al-Aḡmar, quien muy probablemente recurrió a la costumbre, generalizada entre los árabes, de nombrar a su primogénito con el nombre de su abuelo paterno, su propio progenitor. De no ser así, tampoco a Abū ‘Abd Allāh Muḥammad (II) le habría correspondido el privilegio de la primogenitura, pues

51 *Nuzha*, pág. 117. En esta fuente se afirma que el tío paterno del primer emir nazarí se llamaba Muḥammad b. Yūsuf, lo que debe ser un error, ya que en realidad debía de llamarse Muḥammad b. Muḥammad, pues se sabe que el abuelo de Ibn al-Aḡmar era homónimo a él. Sobre esta mujer, véase Bárbara Boloix, *De la taifa de Arjona*, págs. 134 y 144, y *Las Sultanas de la Alhambra*, págs. 49-50, 58, 141, 144, 172 y 264.

52 En la biografía que Ibn al-Jaḡib ofrece de Abū Sa‘īd Faraḡ (*Iḡāta*, IV, págs. 247-248), se especifica que éste murió el día 25 de *ḡū l-ḡiḡā* del año 653 (25 de enero de 1256) a la edad de veinticinco años. Calculando la fecha de su nacimiento a partir de este dato, Abū Sa‘īd Faraḡ debió de venir al mundo en el año 628 (1230-1231), en el que Ibn al-Aḡmar debía de encontrarse seguramente en Arjona, pues todavía no había sido proclamado emir.

53 En este orden (Muḥammad, Faraḡ y Yūsuf) los ofrecen Ibn al-Jaḡib tanto en la *Iḡāta* (II, págs. 95-96, trad. Bárbara Boloix, «Yo soy el Ÿuhayna», pág. 33), como en *al-Lamḡa*, pág. 44, trad. Casciaro-Molina, *Historia de los Reyes*, pág. 133, y al-Bunnāhī, *Nuzha*, pág. 117. Cabe decir que Ibn al-Jaḡib comete un error en otra parte de *al-Lamḡa*, pág. 35, trad. pág. 122, donde añade como último hijo de Ibn al-Aḡmar, después de Yūsuf, a un tal Naṣr, que no es referido en ninguna otra fuente.

54 *Iḡāta*, IV, pág. 354.



sabemos que nació en el año 633 (1235-1236), es decir, cinco años después que su hermano Abū Saʿīd Faraȳ, si es cierto lo que afirman las fuentes<sup>55</sup>.

No fue éste el único matrimonio contraído por Ibn al-Aḥmar. Consta por algunas fuentes nazaríes del siglo XIV que el primer emir tuvo una segunda esposa, de nombre no revelado, pero que debía de pertenecer a su propia familia materna, los Banū Ašqīlūla. Con esta fémina engendró a sus otras dos hijas llamadas, respectivamente, Muʿmina («Creyente») y Šams («Sol»), a las que, más tarde, Ibn al-Aḥmar desposaría con sendos miembros de dicha familia, reforzando los vínculos cognaticios que con ella ya tenía<sup>56</sup>. Cabe destacar que los nombres portados por ambas hijas del emir nazarí revelan un muy posible origen no árabe, y posiblemente cristiano, de los Banū Ašqīlūla, colectivo cuya propia denominación también apunta a esta posibilidad<sup>57</sup>.

Dicho esto, es posible aventurar que en el año 628 (1230-1231) y, por lo tanto, a un año de su sublevación, Ibn al-Aḥmar era un cegri considerado en Arjona y un hombre de gran popularidad, así como que estaba casado y que era padre, al menos, de dos hijos. Seguramente a raíz de su paternidad, recibió la *kunya* o sobrenombre de Abū ʿAbd Allāh, que le asignan las fuentes. Fue en esta época cuando nuestro protagonista debió de conocer a un personaje de la familia de los Banū l-Lawšī que estaba avecindado en Jaén: Abū ʿAbd Allāh Muḥammad b. Muḥammad b. Saʿīd al-Yaḥṣubī. A él debe de referirse seguramente Ibn al-Jaṭib cuando, en la biografía de un miembro posterior de la misma familia, relata que un antepasado suyo, llamado Muḥammad b. Muḥammad b. ʿAbd Allāh al-Lawšī al-Yaḥṣubī, conoció a Ibn al-Aḥmar antes de que éste asumiese el poder (*qabla tasayyur al-mulk la-hu*), presentándose ante él<sup>58</sup>.

Esta información resulta de especial interés y podría hilarse con una anécdota legendaria, referida al emir nazarí, cuyo protagonista es precisamente un miembro de los Banū Lawšī, muy probablemente este Abū ʿAbd Allāh Muḥammad, según apuntan varios datos. La anécdota, que ha sido transmitida por Ibn

55 Fecha que ofrece Ibn al-Jaṭib en la biografía que inserta del segundo sultán nazarí en la *Iḥāta*, I, pág. 566 y en *al-Lamḥa*, pág. 58, trad. Casciaro-Molina, *Historia de los Reyes*, pág. 152.

56 Bárbara Boloix Gallardo, *De la Taifa de Arjona*, págs. 133, 135 y 140, y *Las Sultanas de la Alhambra*, págs. 51, 53 y 280; de la misma autora, véase «Beyond the Ḥaram: Ibn al-Khaṭīb and his Privileged Knowledge of Royal Nasrid Women», en Boloix Gallardo, Bárbara (ed.), *Praising the 'Tongue of Religion': Essays in Honor of the 700th Anniversary of Ibn al-Khaṭīb's Birth*. Special Issue of *Medieval Encounters*, 20/4-5 (2014), págs. 388-390.

57 Sobre este asunto, véase M<sup>a</sup> Jesús Rubiera, «El significado del nombre de los Banū Ašqīlūla», *al-Andalus*, 31 (1966), págs. 377-378 y «Los Banū Escayola», págs. 85-94; Bárbara Boloix Gallardo, *De la Taifa de Arjona*, págs. 131-137 y cuadro genealógico insertado en la pág. 140, y *Las Sultanas de la Alhambra*, págs. 146-147 y 154-156; Josef Ženka, «Išqalyūla, no Ašqīlūla: el nombre correcto de la familia fundadora del Emirato Nazarí», *Anaquel de Estudios Árabes*, 25 (2014), págs. 195-208.

58 *Iḥāta*, II, pág. 269.

al-Jaṭīb, quien la oyó relatar de su contemporáneo Muḥammad b. Muḥammad b. ‘Abd Allāh al-Lawṣī al-Yaḥṣubī, reza lo siguiente<sup>59</sup>:

Me contó nuestro maestro, el secretario y poeta Muḥammad b. Muḥammad b. ‘Abd Allāh al-Lawṣī al-Yaḥṣubī que había en la ciudad de Jaén un hombre rico que tenía una yegua de buena raza ecuestre, según era habitual entre la gente opulenta. Y como era un hombre de frontera, dependía de los caballos y deseaba prepararlos para que estuviesen fuertes.

Se hizo célebre aquella yegua en esa zona, por lo que el tirano, el rey de los cristianos, [Fernando III] envió a alguien para adquirirla. Pero se prendó de ella la mano de este hombre [Muḥammad b. Muḥammad b. ‘Abd Allāh al-Lawṣī al-Yaḥṣubī] y se la apropió él mismo, aumentando su felicidad. Vio en sueños a alguien que le dijo: «Ve a Arjona con tu caballo y busca a un hombre llamado así y cuya descripción es tal; dásela y él se apoderará de Jaén y de otras [ciudades] semejantes, lo que será beneficioso para tu descendencia». Sin embargo, demoró la orden y [el ser] se le apareció por segunda vez, incitándole a ello por vez tercera. Así que [Muḥammad b. Muḥammad b. ‘Abd Allāh al-Lawṣī al-Yaḥṣubī] preguntó [por la yegua] a una persona de confianza que conocía a fondo dicha comarca y a sus habitantes. El informante, que era conocido como Ibn Ya’īš, se la describió, de modo que el alfaquí se dirigió a Arjona e hizo alto allí.

El sultán [Ibn al-Aḥmar] oyó hablar de él [caballo], por lo que se acercó y [Muḥammad b. Muḥammad b. ‘Abd Allāh al-Lawṣī al-Yaḥṣubī] se lo enseñó. Hablaron acerca de su asunto e [Ibn al-Aḥmar] le indicó su interés en él, si bien le mostró que era incapaz de pagar su precio y pidió posponer [el pago de] una parte del mismo. Pero [Muḥammad b. Muḥammad b. ‘Abd Allāh al-Lawṣī al-Yaḥṣubī] lo ayudó y así compró el caballo por la cantidad que él quiso. Cuando cerraron [el trato, el primer emir nazarí] le pidió retirarse a solas a la mezquita de la fortaleza y zanjaron el tema; le dio lo pactado y pagó el precio. El sultán [Ibn al-Aḥmar] ocultó esto con temor para sí mismo y el hombre se marchó a su ciudad.

Aunque en ningún momento se menciona el nombre del protagonista de esta historia, esta leyenda ha sido recogida por otros autores posteriores, como Pascual Gayangos, quien identifica al abuelo del transmisor de la misma con el dueño de la yegua<sup>60</sup>. Por su parte, Santiago de Morales Talero dilata la historia añadiéndole, de su propia inventiva, que no había trascurrido menos de un

59 Esta historia es únicamente recogida en la biografía de Ibn al-Aḥmar insertada en la *Iḥāṭa*, II, págs. 93-94, trad. Bárbara Boloix, ««Yo soy el Yuhayna», pág. 29, ya que el mismo autor no la reproduce en *al-Lamḥa*.

60 *History of the Mohammedan Dynasties in Spain*. Londres: Johnson Reprint, 1940, II, págs. 342-343. Santiago de Morales Talero ha reproducido también esta anécdota en «Los Reyes Nazaritas de Arjona -Luna Llena-», pág. 23, al igual que Juan González Sánchez en su *Historia de la ciudad de Arjona*, pág. 57.

año de este suceso cuando se Ibn al-Aḥmar se sublevó y fue proclamado emir en Arjona<sup>61</sup>.

### *El nacimiento de la taifa nazarí. La sublevación de Arjona*

Es un hecho que, hasta la fecha, han sido tan parcas como escasas las noticias de que hemos dispuesto sobre Ibn al-Aḥmar en los momentos previos a su proclamación como emir en su localidad natal. Sin embargo, el hallazgo de nuevas fuentes árabes, o la recuperación de fragmentos perdidos en manuscritos editados de ciertas obras, al haber sido descubiertos otros más completos, nos ha permitido por fin llenar de interesantes noticias estos desapercibidos tiempos. Gracias a estos descubrimientos hoy tenemos una visión más clara de cómo Ibn al-Aḥmar llegó a convertirse en emir en Arjona y a mantenerse como el señor por excelencia de al-Andalus en un inestable siglo XIII.

Una de las crónicas que más ha contribuido a salvar esta gran laguna informativa de la que adolecíamos es el *Ḍikr bilād al-Andalus* o *Taʾrīj al-Andalus*, como la denominaremos en adelante, debida al cálamo de un autor cuyo nombre, lamentablemente, no ha trascendido. El hecho de que esta crónica se interrumpa en la muerte del emir nazarí Naṣr en el año 717 (1318) sitúa, ineludiblemente, a su incognito autor en la primera mitad del siglo XIV, sin que los esfuerzos investigativos realizados hasta la fecha hayan conseguido desenmascarar la verdadera identidad de su autor<sup>62</sup>. Es de agradecer que las últimas páginas de esta fuente ofrezcan detalles precisos del levantamiento de Ibn Hūd al-Mutawwakil en Murcia, así como que relaten, con todo lujo de detalles, los pormenores de la carrera militar de Ibn al-Aḥmar, en una secuencia bastante progresiva y con pocas rupturas entre ambos sucesos.

Para adentrarnos en la información novedosa revelada por esta crónica, debemos situarnos primeramente en el umbral contextual descrito por el secretario murciano, que trabajó al servicio de Ibn Hūd al-Mutawwakil, Abū ʿAbd Allāh Muḥammad Ibn al-ʿYannān (m. 650/1252-1253) en una de las cartas oficiales que compuso<sup>63</sup>. Esta misiva no sólo deja muy patente el ambiente de inestabilidad, tensión interna, problemas, debilidad y multipartidismo existente en todo el territorio andalusí en tiempos de Ibn Hūd al-Mutawwakil, sino que también menciona la pujanza militar de Ibn al-Aḥmar.

61 «Los Reyes Nazaritas de Arjona -Luna Llena-», págs. 29-30.

62 Véase, a respecto, la hipótesis lanzada por Fernando Velázquez Basanta, «Un texto de Yūsuf III sobre la génesis de la *Iḥāṭa* que nos da la clave para conocer al autor del *Ḍikr bilād al-Andalus*», *MEAH*, 56 (2007), págs. 225-243, y la respuesta al mismo de Luis Molina en su reciente artículo «Sobre el autor del *Ḍikr bilād al-Andalus*», *Al-Qanṭara*, 26/1 (2015), págs. 259-272.

63 Hasan Iflaifel, *El Kitāb Zawāhir al-fikar wa-ḡawāhir al-fiqar de Muḥammad Ibn al-Murābiṭ. Estudio y edición crítica*. Director: Emilio Molina López. Universidad de Granada, 1992, I, pág. 143; el extenso texto árabe de esta carta (nº 136) se halla reproducido en el vol. II, págs. 427-437.